

Real Academia de Bellas Artes
y Ciencias Históricas de Toledo.

— Notas para el estudio de la Prehistoria,
Etnología y Folklore de Toledo y su provincia

Discurso de recepción leído en la Real Academia
de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo,
por el Académico electo,

D. ISMAEL DEL PAN,
Catedrático del Instituto.

ILMO. SEÑOR,

SRES. ACADÉMICOS,

SEÑORAS, SEÑORES:

Hace ocho años, llegaba yo a Toledo en una tarde invernal, con un frío glacial, y una lluvia menuda que calaba los huesos y hacía más intenso el frío. En un coche fantástico, por sus dimensiones, por lo desvenecijado y por lo capaz de acabar con todas las vísceras de mi cuerpo, merced al masaje vibratorio de sus desconcertados movimientos, trepé hasta Zocodover.

Allí descendí en compañía de mi equipaje, y de la lluvia, que seguía cayendo. Contemplé unos instantes la legendaria plaza, miré en derredor, y os confieso que no sé si por los efectos del viaje o del ambiente, me acometió una melancolía, sin límites, y creíme en medio de la más espantosa soledad. Hasta el Alcázar comunicóme el supersticioso terror de su ingente magnificencia, y creí que avanzaba, hacia mí, para aplastarme con su mole de piedra. Huí de allí, después de averiguar el domicilio del Director del Instituto, pues venía a tomar posesión de mi cátedra, y también debo haceros otra confidencia: que durante el trayecto, no se apartaban de mi memoria unas palabras que, con irónica

compasión, me dijo en el tren, un viajero, al saber que yo venía a Toledo: «Del toledano, guárdate tarde o temprano».

Bajo estos auspicios entraba yo en Toledo, y recorría el camino que me separaba del domicilio del Director del Instituto. Fuí a parar, a la postre, a un callejón, que más bien semejaba una grieta, abierta por algún terremoto, en la medianería de dos casas contiguas. Era el «Callejón del Lucio». En ese simulacro de calleja, hubiera sido difícil decir cuál era la acera de enfrente, porque su anchura se abarcaba con los brazos, y el horizonte que se divisaba desde el fondo de aquella garganta urbana, era un pedazo de cielo del ancho de una serpentina.

Al fin, en su modesta hospedería del «Callejón del Lucio», me avisté con mi futuro Director. Era éste D. Ventura Reyes y Prósper, sabio y santo varón, «padre de los pobres», según le calificó un pilluelo que, encaramado en el estribo del coche, subió hablando, conmigo, desde la estación a Zocodover. Desde el primer momento, me cautivó la conversación de D. Ventura, en la que insensiblemente vertía el contenido de su inmenso bagaje cultural. Y hasta me pareció que hacía mucho tiempo que ya éramos amigos, al contemplar aquel rostro, luengamente barbado, que tenía la tranquilidad del justo y la serenidad del sabio, y en cuyo dulce mirar, existía la atracción de una simpatía fraternal.

Difícil me pareció que la gran humanidad de D. Ventura, que muy bien pasaría de los cien kilos, pudiera contenerse, a su paso, por tan estrecho callejón, como en el que habitaba, pero aún me pareció más imposible que aquel talento privilegiado, aquel corazón noble y aquella alma tan grande, pudieran haber permanecido secuestrados, más de veinte años, en el estrecho recinto moral de una capital de provincia, aunque ésta tuviera tanto arte y tanta historia como Toledo.

Largamente me habló tan docto Catedrático de las joyas artísticas de la ciudad, de su historia, de sus tradiciones, de lo que representa ante el mundo entero. Enumeró algunas de sus ventajas, incluso la de la proximidad a la Corte de España. Pero yo no acababa de convencerme.

—Mire Ud., D. Ventura—le dije yo—, no concibo a Toledo más que como museo. Yo vine, en cierta ocasión, de turista, y pasó un día bueno. Pero, a la verdad, para vivir aquí, continuamente, se necesita tener alma de asceta o asimilarse el espíritu

de Diógenes, con su tonel y todo. Aquí quisiera yo ver a esos señores, que recorren el Toledo monumental en automóvil, o a algunos doctos Académicos que cantan sus bellezas desde Madrid y lo toman, si acaso, como objeto de estudio, durante sus correrías de veinticuatro horas.....

Don Ventura me miró con suave benignidad, y yo adiviné, en aquella expresión, el efecto de mis profanadoras ideas. Sonrió, con placidez, y cuando yo esperaba una respuesta que rectificase, por completo, mis palabras, hubo de decir:

—Tiene Ud. razón. Toledo es una población incómoda, fea y, hasta si Ud. quiere, desaseada. Pero, en vez de guardarse de los toledanos, gente buena, a carta cabal, guárdese del ambiente espiritual de Toledo, que, conforme se vive, más se infiltra en el alma, y convierte en prosélitos, entusiastas, a los más recalcitrantes detractores. Créame, si piensa Ud. salir de aquí, hágalo pronto, porque si deja Ud. pasar un año, será Ud. con Toledo para toda la vida. Tome ejemplo de mí, que soy en Toledo más seguro que el Tajo.

Con esta profecía, que para mí tenía, entonces, poco de agradable, terminó su amena charla mi sabio compañero. Despedíme, yo, resignado, aunque no convencido, y zozobrando en mi marcha por el desigual empedrado de las rúas toledanas, me encaminé al hotel, madurando el plan que más posibilidades me ofreciera para salir pronto de la vieja ciudad. Aquella noche me acosté descorazonado; las palabras de D. Ventura me habían dejado más helado que el ambiente; y eso que, al meterme entre las frías sábanas de mi cama, no pude menos de recordar la anécdota del Doctor Thebussen, y decir con él: «Noche terrible, la que estarán pasando los Canónigos de la Catedral».

.....

.....

.....

¡Qué ajeno estaba yo, entonces, Sres. Académicos, de que llegara un día en que pudiera encontrarme en vuestra presencia! Pero pasó el año a que aludió D. Ventura, y se cumplió el vaticinio de aquel hombre eminente que, como todo hombre grande, tenía mucho de profeta. Tras de aquel año, han seguido otros de permanencia en Toledo, y «sus horas», como diría Vegue y Goldoni, eximio toledano, han ido destilando en mi espíritu la refinada esencia de su arcaica seducción.

Hoy puedo deciros, ya, que no tomaría tan presto mi maleta para salir de Toledo, por los mismos motivos que me impelían a llevarlo a cabo el día que llegué. Mi equipaje está, ahora, pletórico de emociones toledanas, que me ligan a vuestro sentir y a vuestro pensar. En vuestra ciudad he visto acrecentarse el bagaje sentimental de los recuerdos; en ella han transcurrido los días felices de las primicias de un hogar; algunos de mis hijos vieron la luz primera, al cobijo de las legendarias ruinas de vuestro Toledo, y, por último, en ella recibo, también, el inmerecido homenaje de vuestra hidalguía y hospitalidad, ofreciéndome un puesto en esta Real Academia, en donde la sabiduría y el talento de tantos ilustres Académicos, cuya valía se refleja en el mérito de sus publicaciones, obscurecen el tenue fulgor de luciérnaga de mi escaso valer intelectual.

Considerad, pues, las causas de mi evolución ideológica, respecto a Toledo, y ellas os reflejarán la cuantía de mi gratitud. Perdonad si, hasta hoy, supe resguardarme de las flechas de la galantería y gentileza de tantos queridos amigos, Académicos de esta docta Corporación, que solicitaban mi modesto concurso en las tareas de acendrado toledanismo y amor al estudio del arte y de la historia de Toledo. Pero debo advertiros que, así como la fruta debe cogerse cuando está madura, los hombres que aceptan cargos, como éste con que me obsequiáis, deben hallarse, también, en plena madurez de edad y de conocimientos. Ninguna de estas condiciones he logrado aún reunir; pero, pues que vosotros lo queréis, sea: y ya podéis empezar a arrepentiros de haberme admitido en vuestro seno.

Puesto ya a recibir el espaldarazo de vuestra culta mano, como cruzado de este ilustre Capítulo de la Investigación histórica toledana, permitidme que, por unos instantes, fije mi atención en el puesto que me habéis reservado.

Cuando pregunté quién era el Académico a quien yo iba a sustituir—suponiendo, desde luego, que había pasado a mejor vida—, me encontré con la grata sorpresa de que era un señor que seguía perteneciendo al mundo de los vivos. Y os reitero que me sorprendió, muy gratamente, porque no me hubiera hecho ninguna gracia escalar, de favor, ningún puesto que dejara vacante la Parca. Así, en la situación actual, aún me queda el recurso, cuando os convenzáis de que no sirvo para estos menesteres, de invitar otra vez al Académico que, por su voluntad, dejó

el sillón vacío, a que vuelva de nuevo a ocuparlo, lo que no sería fácil hacer con un muerto.

Mas, si como os digo, me satisface, altamente, sustituir a un Académico lleno de vigor y de vida, eso mismo me pone en grave aprieto, en estos instantes, tratándose de la persona de don Verardo García Rey, Comandante Profesor de la Academia de Infantería, de mérito intelectual reconocido, no ya en Toledo, sino en toda España y en el extranjero. Desde luego, que sería interesantísimo hacer aquí la biografía de este ilustre militar, a quien tanto deben las letras españolas; pero es empresa superior a mis fuerzas, porque todo cuanto pudiera decir sería pálido reflejo de su saber y de su bondad y, además, porque, según oír decir a un monaguillo de la Catedral, diestro en su oficio, es muy difícil manejar el incensario en las misas de Pontifical.

Yo, por ahora, me limitaré a decir aquí que, como formador espiritual de la juvenil población del Alcázar de Toledo, es uno de los profesores de ese Centro más capacitados en su materia, y de los que han cosechado más sazonados frutos pedagógicos.

No puedo entrar, tampoco, en pormenores respecto a su labor como publicista. Todos, mejor que yo, le conocéis en este sentido, pues muchos de sus trabajos figuran en el *Boletín* de esta Real Academia, y otros han sido justamente laureados en concursos y certámenes.

El extraordinario afecto con que me distingue nuestro Director, Ilmo. Sr. D. Teodoro de San Román, y los distinguidos Académicos que me propusieron para el cargo, me hace creer que mi modesta persona viene a llenar un vacío en la Corporación, por lo que se refiere a los estudios de Prehistoria y Etnología toledanas. Pronto habéis de ver cómo el hueco que pretendéis llenar resulta demasiado holgado para mí. Entre tanto, dadme licencia para que hoy os presente el boceto del cuadro que ofrece la provincia de Toledo, al prehistoriador y al etnólogo, con el siguiente tema:

== Notas para el estudio de la Prehistoria,
Etnología y Folklore de Toledo y su provincia.

Prehistoria toledana.

Todos los pueblos del linaje humano, antiguos y modernos, al penetrar en la intrincada maraña de su historia, tropezaron con el magno problema de sus orígenes. La Humanidad, siempre niña, no obstante ser tan vieja, se sigue preguntando, impertérrita, de dónde viene y a dónde va.

Y de vez en vez, como niño curioso, que nada sabe y todo se lo explica, han intentado los hombres de todas las épocas, dilucidar cómo fueron sus más remotos ascendientes, pretendiendo iluminar, con la mezquina luz de su pobre intelecto, las tenebrosidades de la vida del hombre primitivo.

Reconstituir el primordial armazón de huesos y músculos, arquetipo hominal de nuestra estirpe, entrevisto en los sueños de la fantasía, más que alcanzado en la realidad, fué siempre el inquietante ideal de muchos de los genios de todas las edades. Y aún fueron más allá, intentando descubrir las actividades y manifestaciones espirituales de nuestros remotos antepasados, para llegar a conocer su historia. Pero para alcanzar este conocimiento faltábales el arma de combate del historiador: el documento. Y estos documentos de la historia del hombre primitivo, hasta hace pocos años, ha venido guardándolos, recelosa, en su seno, la Tierra, cuna de la Humanidad y, a la vez, piadosa madre, que aguarda expectante el fin de aquélla, para envolverla en su sudario.

Hé aquí por qué la Prehistoria, o sea la historia del hombre primitivo, no pasó de ser otra cosa más que un bello presentimiento en los poetas y filósofos griegos y romanos, aun cuando entre éstos, sobre todo en geógrafos e historiadores, se vislumbraron algunas felices intuiciones, encaminadas al esclarecimiento de tan interesante problema. Yo me hubiese atrevido a citar, de no suponerlos de sobra conocidos, aquellos versos de Lucrecio en los cuales, con una maravillosa visión de la vida en la primitiva humanidad, hace alusión a sus armas de madera y de piedra,

al incomparable descubrimiento del fuego y al paso gigantesco en la aurora de la civilización, con el laboreo del hierro y sus aplicaciones, al perfeccionamiento del trabajo humano. Pero tanto en este poeta latino, como en Horacio y en los historiadores y geógrafos, Plinio, Diodoro y Estrabón, la luz proyectada sobre la historia del hombre primitivo, apenas fulgura, cuando ya se extingue.

Muchos siglos transeurren hasta que MIGUEL MERCATI (1), a final del siglo XVI, destruye la leyenda de las «piedras de rayo», tejida en torno del casual hallazgo de hachas neolíticas, atribuyéndoles, con más cordura, el papel de armas defensivas de los prehistóricos, anteriores a la edad del hierro.

Y aún pasan tres siglos más, hasta que BOUCHER DE PERTHES, que bien podemos apellidar «padre de la Prehistoria», extrae de las capas diluviales las primeras hachas de sílex, utilizadas por el hombre prehistórico. Desde entonces, la Prehistoria es captada por la Paleontología y las ciencias naturales, con su método experimental e investigador, ayudan a la Historia a penetrar, con paso seguro, en sus orígenes. Dentro de esta fase científica de la Prehistoria, los nombres de LARTET, MORTILLET, PIETTE, CARTAILHAC, BREUIL, BOULE, OBERMAIER, SAUTUOLA, EL MARQUÉS DE CERRALBO, CABRÉ, HERNÁNDEZ-PACHECO, LEITE DE VASCONCELOS, FONTES, CORREIA y otros, son la fulgente estela del progreso en esta rama del saber.

Puesta ya en manos de naturalistas, la Prehistoria deja el terreno de la fantasía para convertirse, si no en una tangible realidad, por lo menos, en una halagadora esperanza de verdad humana. Las excavaciones de grutas y graveras, proporcionan sensacionales descubrimientos de objetos materiales de información, los que, estudiados con un criterio geológico y biológico, expanden viva luz sobre la cronología primitiva, así como sobre los caracteres físicos, intelectuales y morales de los primeros hombres, ante lo cual retrocedió, hasta entonces, espantada la Historia, poseída del vértigo de lo desconocido.

Si esto ocurrió a los grandes historiadores de todos los tiempos, no es de extrañar que así les ocurriese, también, a los historiadores de Toledo, cuyos orígenes y primitivos pobladores que-

(1) M. MERCATI. *Metalloteca, opus posthumum*. Roma, 1717, pág. 243.

daron siempre envueltos en las nieblas de la más variada fantasía.

Así, sin ir muy lejos, ni ser prolijo en citas bibliográficas, recordemos los extravíos de ALCOCER y PISA, y las exageraciones del CONDE DE MORA al bucear en los abismos de la primitiva historia de Toledo. Héroe bíblicos o mitológicos se disputan, en los libros de los referidos autores, el origen ancestral toledano, con la misma escasa fortuna de los historiadores, que pidieron auxilio, en su éxodo prehistórico, a los antiguos textos griegos y hebreos.

Esfuerzos laudables, pero infecundos, porque aún no albo-reaba el siglo XIX, que con su culto a la Razón, originaría víctimas lamentables por todo hombre de corazón, turbulencias y algaradas, sensibles a todas luces, pero en cuyo siglo las ciencias experimentales, entre las que se cuentan las ciencias de la Naturaleza, habían de alcanzar desarrollo gigantesco e inusitado esplendor, proporeionando con su adelanto, inmenso bienestar a la Humanidad y luz vivísima para la investigación de sus orígenes.

Uno de los más ilustres historiadores de Toledo, ANTONIO MARTÍN GAMERO, inquiría, también, en la segunda mitad del siglo XIX, quiénes pudieran haber sido los primitivos pobladores de Toledo y su provincia, y aunque no poseído, por completo, del criterio científico que hoy informa el estudio prehistórico, ya muestra atisbos razonables de lo que pudo ser la Prehistoria en esta provincia. A tal efecto, veamos cómo se expresa en su obra *Historia de Toledo* (1) refiriéndose a los orígenes de la ciudad imperial.

«Sin embargo, no se nos resiste mucho el creer que nuestra ciudad fué originariamente una población celta, que en sus principios debió ser sólo un pequeño, tal vez pobrísimo, aunque bien defendido, albergue de pastores de la Carpetania, quienes es de presumir vendrían con sus ganados a esta comarca, y hallándola feraz, labrarian chozas o cabañas en los encumbrados riscos para guardarse en ellas de noche, después de haber discurrido de día por los dilatados y frondosos cármenes del Tajo en busca de caza y alimentos. La indudable fertilidad del término y las abundantí-

(1) ANTONIO MARTÍN GAMERO. *Historia de Toledo*. Parte I. Libro I, pág. 103. Toledo, 1862.

simas aguas que le bañan por todas partes, pudieron contribuir a que aquella raza, errante y movable como la clase de riqueza que de ordinario atesoraba, ya satisfecha con las ventajas que le proporcionaba nuestro suelo, dejara la vida aventurera y levantase los primeros fundamentos de este aduar, que en lo sucesivo había de llegar a ser una población numerosa e importante.» Hasta aquí las palabras del historiador toledano.

Pues bien, prescindiendo del origen celta que atribuye a Toledo, cuya idea no está de acuerdo con los hechos arqueológicos, ¿no se ven, acaso, en sus apreciaciones las fases evolutivas de la Prehistoria en Toledo?

Yo leo en esas mismas palabras de MARTÍN GAMERO, una sintética narración de la vida del hombre paleolítico, ribereño del Tajo, con su andar errante, en pos de la caza y de la pesca, que constituían su primordial alimento. Veo sus campamentos, al aire libre, a orillas del río, junto a los manantíos o en los altozanos de vegetación rala y esteparia, como centros de sus correrías para buscarse el sustento. Y veo, en el transcurso milenario, tomar posesión, de los entonces ubérrimos y virginales campos toledanos, a otras tribus, ya más adelantadas, conocedoras de la agricultura y de la ganadería. Llega hasta mí el eco de sus luchas por la posesión de la tierra, y percibo sus afanes de conquista y dominación que les lleva a trasladar sus viviendas a las culminaciones y a los riscos, fortificados por la naturaleza, y ya en plena edad de los metales, comenzar su vida en el peñón neisico, la gloriosa Toledo, de la que con razón dijo LOPE DE VEGA miles de años después: «ciudad en el corazón de España, fuerte por su sitio, noble por su antigüedad».

Era natural que MARTÍN GAMERO no fuese, en cronología, más allá de lo que le dictó su razón y su genio, para la modalidad biológica de los aborígenes toledanos. Pero es que en su tiempo, las investigaciones prehistóricas no habían llegado en España al apogeo de hoy. Gracias a ellas, podemos saber, en la actualidad, que la Península ibérica llevaba ya poblada por el hombre primitivo, ¡¡muchos millares de años antes de la era cristiana!! Y que por la naturaleza, de los hallazgos de sus instrumentos domésticos, de combate y artísticos, la prehistoria española puede considerarse dividida en los siguientes períodos: Paleolítico, Neolítico, Período del Cobre, del Bronce y del Hierro.

Paleolítico.—¿Hay en la provincia de Toledo vestigios del hombre del período Paleolítico? Es un hecho confirmado que aquellos ancestrales paleolíticos, de enorme y alargada cabeza, sostenida por un tronco robusto y corto, de frente huida, cara alargada en hocico, mirar duro e inflexible, músculos bestiales y encorvado andar, se diseminaron en tribus y clanes por la provincia de Toledo, estableciendo pasajeros campamentos, al aire libre, en las arroyadas y junto a los ríos de mayor caudal, como el Tajo, en lomas, altozanos y cerros donde abundaba la caza, y en general, allí donde la naturaleza les ofrecía agua para apagar su sed, alimento proporcionado con el azar y la emoción cinegética, y un abrigo natural o construido, a poca costa, y toscamente, donde refugiarse y defenderse de las acometidas de los animales.

Aun cuando la provincia de Toledo es, quizá, una de las menos estudiadas en su prehistoria, hoy se pueden señalar, ya, indudables restos de las industrias pétreas del hombre paleolítico. El yacimiento paleolítico, primeramente dado a conocer en esta provincia, es, si no me equivoco, el de Illescas. El ilustre geólogo y Catedrático de la Universidad Central, D. LUCAS FERNÁNDEZ-NAVARRO, halló en los *Cerros del Prado*, a un kilómetro al S. E. de Illescas, pedernales tallados por el hombre primitivo (1). Dicha talla, hecha intencionalmente, percutiendo cantos rodados de pedernal, con otros mayores del mismo material litológico, originó instrumentos, tales, que servirían a los prehistóricos acampados temporalmente en Illescas, para hender, raspar y perforar las pieles, los huesos, y partes duras de los animales de caza y aun para diversos usos domésticos.

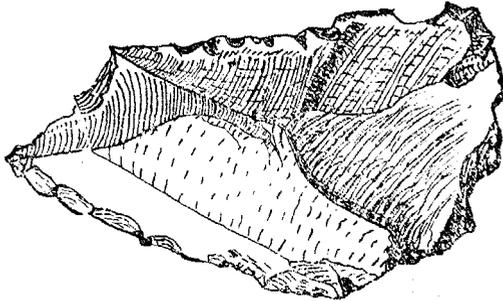
Una nueva y posterior correría por los *Cerros del Prado*, en *Illescas*, llevada a cabo por FERNÁNDEZ-NAVARRO (2), el célebre prehistoriador OBERMAIER y su discípulo P. WERNERT, dió por resultado la colecta de unos sesenta instrumentos de pedernal, todos ellos trabajados por el hombre prehistórico, dándoles formas de lascas, puntas, raederas, raspadores, etc. ¿Cuál era la época en que fueron tallados esos pedernales, dentro de la edad de la Piedra tallada o Paleolítico? De las dos mitades, superior e

(1) L. FERNÁNDEZ-NAVARRO. *Nuevos yacimientos de objetos prehistóricos*. "Bol. de la R. Soc. Esp. de Hist. Nat.", T. VIII, pág. 277. Madrid, 1908.

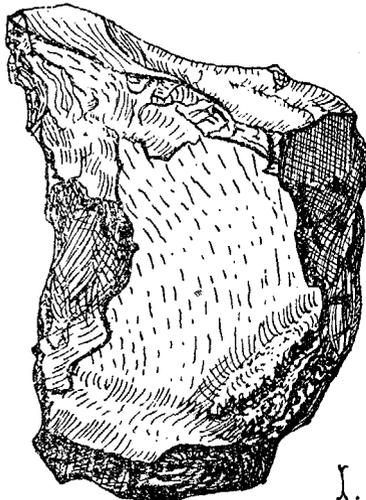
(2) L. FERNÁNDEZ-NAVARRO y P. WERNERT. *Silex tallados de Illescas (Toledo)*. "Bol. de la R. Soc. Esp. de Hist. Nat.", T. XVII, pág. 108. Madrid, 1917.

inferior, que estratigráficamente pueden distinguirse en dicho período, los autores que estudiaron los sílex de Illescas, nos

I.P.



Núm. 1.—Lasca musterlense, de Illescas.
(Según Fernández-Navarro y P. Wernert.)



Núm. 2.—Raedera musterlense, de Illescas.
(Según Fernández-Navarro y P. Wernert.)

I.P.



Núm. 3.
Raedera musterlense,
de Illescas.
(Según Fernández-Navarro
y P. Wernert.)

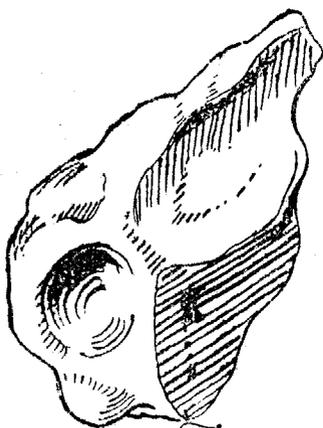
dicen que hay instrumentos pertenecientes a una de las subdivisiones del *Paleolítico inferior* (Musteriense) y piezas pertenecientes al Magdaleniense, última subdivisión del *Paleolítico superior*.

Cuando me hallaba ocupado en la redacción de este trabajo,

los señores JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS y FIDEL FUIDIO (Marianista) han presentado a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, un interesantísimo trabajo arqueológico, en el que se menciona la existencia de cuarcitas y sílex paleolíticos en *Azaña* (partido de Illescas). Las piezas prehistóricas recogidas en la finca de *Hontalba*, son atribuídas: dos de pedernal, al Musteriense, y cuatro de cuarcita, al Acheulense. Yo pongo en duda la remota edad de estas últimas, porque tras de ser hallazgos de superficie, la cuarcita es material pétreo en el que pueden labrar facetas las acciones atmosféricas, sobre todo, las variaciones bruscas de temperatura, tan características en nuestra meseta. ¡Ojalá la suerte nos deparase algún hallazgo de fauna fósil de edad correspondiente a la de las hachas talladas, que es lo que acabaría de resolver el problema!

Pero de todos modos, ya existe un nuevo yacimiento toledano que revela la presencia del hombre del Paleolítico inferior.

Y aún hay más; el hombre musteriense acampó en los altozanos fronteros a la capital. Yo he coleccionado algunos de los

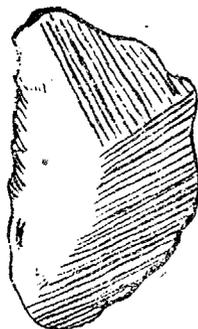


C. de la Pílor

Núm. 4.

Eolito procedente de «Valdecubas»,
cerca de Azucaica (Toledo).

(Gravera explorada por el autor).



Núm. 5.

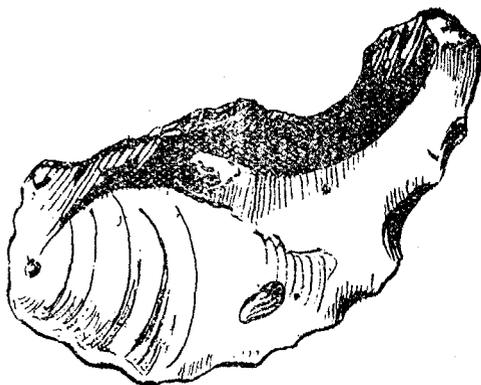
Eolito procedente de «Valdecu-
bas», cerca de Azucaica (Toledo).

(Gravera explorada por el autor).

pedernales tallados por mano humana, procedentes del cerro de *Valdecubas*, en la carretera de *Mocejón* (orilla derecha del Tajo), y

de uno de los cerretes próximos a *Buenavista*, en la carretera de Avila. En las graveras que constituyen el coronamiento de dichos cerros, antiguas terrazas del Tajo, abandonadas hoy por el río, he recogido pedernales del tipo musteriense, que serían labrados en la remota etapa en que el Tajo discurría a un nivel mucho más elevado que el de hoy.

Claro es que al lado de esos pedernales facetados que parecen gozar de autenticidad prehistórica, he hallado otros, alguno de los cuales conservo, en donde la Naturaleza, siempre juguetona



C. de la Trilor.

Núm. 6.

Lasca musteriense, de pedernal, recogida por el autor, en una gravera de «Buenavista» (Toledo).



Núm. 7.

Lasca musteriense, de pedernal, recogida por el autor, en la gravera de «Valdecubas», cerca de Azucaica.

y presta a despistar la inteligencia humana, con sus sublimes artificios, ha hecho de un simple guijarro de pedernal, una hachita, un raspador o una raedera musterienses. ¡Guárdese el prehistoriador de los *eolitos naturales*! Así se llaman estos caprichos de la Naturaleza imitativos de útiles prehistóricos, pues ellos perturban y obsesionan de tal modo que, a veces, llegaríamos, sin la cautela necesaria, a remontar la antigüedad del hombre a la época de los Trilobites. Yo, que no me conceptúo más que como aficionado, siempre que en una gravera cojo un pedernal tallado, digo, por si acaso, lo que el famoso loco de Sevilla, a que alude CERVANTES en el prólogo de la Segunda Parte del *Quijote*: «guarda, Pablo, que es podenco». Máxime cuando hombres tan esclarecidos, como

M. BOULE (1), OBERMAIER (2), E. PATTE (3) y otros autorizados prehistoriadores, han puesto de relieve cómo pueden fabricarse eolitos industrialmente.

De los sílex recogidos en *Valdecubas* y *Buenavista*, tan sólo dos tienen, para mí, la pátina y el aspecto prehistóricos. (Véanse las figuras 4, 5, 6 y 7). Pero, ¿quién me dice que no sean también eolitos naturales? Si su talla fuese auténtica, los que proceden de *Valdecubas*, en la carretera de Mocejón, serían de edad musteriense (4), pues la fauna fósil hallada en aquellos terrenos, es la contemporánea de esa etapa prehistórica.

Como se acaba de ver, todos los hallazgos de útiles paleolíticos, que se han realizado, hasta el día, en la provincia de Toledo, han sido de superficie, es decir, diseminados por los terrenos, o en revuelta confusión con el material de las graveras. Esto impide tener datos exactos acerca de la verdadera cronología de los hombres que tallaron los pedernales toledanos prehistóricos. Hasta el presente, no se ha descubierto ningún yacimiento cuya ordenada estratigrafía, demuestre la permanencia del hombre primitivo, como morada definitiva en determinada localidad toledana. Podríamos decir que los paleolíticos de la provincia de Toledo, no tuvieron ni casa ni hogar. Buscando pedernal para sus instrumentos domésticos y defensivos, vagaron en irregulares correrías por los cerros de *Villaluenga* y *Esquivias* y por los terrenos de *Yepes*, *Romeral*, *Cabañas*, *La Guardia*, *Lillo*, *Magán*, *Camarenilla*, *Segurilla*, etc., a entrambas márgenes del Tajo, bordeado por dos grandes manchas de terreno mioceno que ofrecen yacimientos pedernalinos (5). La falta de investigaciones

(1) MARCELLIN BOULE. *Les hommes fossiles*. "Le problème de l'homme tertiaire. Págs. 133-136. 2.^a edición. Paris, 1923.

(2) HUGO OBERMAIER. *El hombre fósil*. Cap. I, pág. 11. Madrid, 1916.

(3) ETIENNE PATTE. *Une nouvelle fabrique industrielle d'eolithes, reproduisant des types du pliocène anglais*. "L'Anthropologie.", T. XXXVI. Números 1 y 2, págs. 1-13. Paris, 1926.

(4) ISMAEL DEL PAN. *Restos fósiles de Proboscídeos existentes en el Gabinete de Historia Natural del Instituto de Toledo*. "Bol. de la R. Soc. Esp. de Hist. Nat.", t. XXV, págs. 343-352. Madrid, 1925.

(En este trabajo se halla la descripción de un fragmento de molar atribuido al MAMUT, procedente de los terrenos de la derecha del camino de Mocejón próximo a Toledo.)

(5) S. MALLADA y E. DUPUY DE LOME. *Reseña geológica de la provincia de Toledo*. "Bol. del Instituto Geológico.", t. XXXIII, pág. 99. Madrid, 1913.

ha hecho que no se hayan descubierto más útiles paleolíticos, a uno y otro lado del río en la provincia y en los alrededores de Toledo.

De estos centros naturales de producción de sílex, que podríamos llamar «centros de manufactura prehistórica», irradiaría para buscarse el alimento, con la caza, la que una vez ahuyentada o agotada en un lugar, haría levantar, a los prehistóricos, sus temporales campamentos, repitiéndose de un modo indefinido este flujo y reflujo de familias y tribus que usufructuaron el territorio toledano, pero sin que se pueda decir que llegaron a tomar posesión de él. Si se exceptúan los paleolíticos que hicieron vida en grutas o peñones-abrigos, los demás, como los primitivos errabundos de Toledo, no conocieron el sentimiento de una «patria chica». Sin el arraigo de un hogar: «ubi bene, ibi patria».

Neolítico y Eneolítico.—Nada sabemos del período de transición, del Paleolítico al Neolítico, en relación con la provincia de Toledo, pues hasta el presente, no se han citado yacimientos toledanos con restos de industrias azilienses o tardenoisienses. En los conocimientos de esta parte de la Prehistoria, existe, para Toledo, una verdadera laguna. En cambio, el Neolítico, hállase bien representado, pues son abundantes por toda la provincia los restos de industrias de aquellos hombres, más evolucionados en el sendero de la civilización, que conocieron el arte de la cerámica; fueron agricultores y ganaderos; sujetaron, bajo su dominio, a los animales salvajes, haciéndoles tascar el freno de la domesticidad; construyeron chozas y albergues, constituyendo asociaciones duraderas, y acompañáronse del perro y del caballo en sus trabajos y faenas habituales.

Finalizan con este período los tiempos prehistóricos, iniciándose el albor de las civilizaciones históricas. La Prehistoria cede su puesto a la Protohistoria, y con el conocimiento de los metales empieza una nueva era para la Humanidad. Al período de transición que establece el conocimiento del cobre, empleado para fabricar armas y útiles diversos, dieron los italianos el nombre de Eneolítico. De este período, también existen restos en esta provincia.

Respecto al Neolítico toledano, tampoco puede hablarse hasta ahora, más que de hallazgos de superficie, pues no hay noticia, que yo sepa, de *paraderos neolíticos, fondos de cabaña, sepulturas*

o *yacimientos* con estratigrafía que delaten etapas con una cronología clara. Tanto, que muchas veces, los utensilios de piedra pulimentada que se encuentran esparcidos por los terrenos o saca a flor de tierra el arado, pueden ser, lo mismo, neolíticos que eneolíticos.

No obstante, de la exploración realizada, por mí, en la finca de «La Alberquilla» (1), sita en la orilla izquierda del Tajo a cuatro kilómetros de la capital, parece deducirse la existencia de un verdadero yacimiento neolítico, pues allí encontré restos humanos, de animales salvajes y domésticos (dos especies de cabra, caballo, buey, ciervo, jabalí, etc.), amuletos, cerámica, lentejones de cenizas, como restos de hogares y, sobre todo, una abundancia extraordinaria de conchas de almejas de río, de una talla gigantesca (de 20 a 25 cm. de longitud y de 2 a 3 cm. de grueso), fragmentadas por lo general, todo lo que hace concebir fueron utilizadas como alimento. Ya véis que tales restos de sibaritismo neolítico, encontrados *in situ*, hablan elocuentemente del establecimiento asiduo de tales tribus, cerca del peñón toledano.

Pero de los restos neolíticos, de que se halla pletórica la provincia de Toledo, es de hachas pulimentadas, las que desde antiguo, viene llamando el pueblo «piedras de rayo». Prolijo sería enumerar aquí todas las localidades donde se han hallado hachas neolíticas. En este sentido, yo me atrevo a considerar, aquí, dos zonas: una, es la zona de los Montes de Toledo; otra, es la correspondiente a la depresión del Tajo. En la primera, merecen citarse, como notables, las localidades que siguen: *Mohedas de la Jara*, *San Pablo de los Montes* y *Mora*. Y en la segunda, *Illescas* (2), *Azaña*, *La Guardia*, *Azucaica*, *alrededores de Toledo*, *Torrijos*, *Oropesa* y otras más.

Los materiales pétreos de que están hechas la mayoría de las hachas son: fibrolita, de matices variados, diorita y diabasa. Es un hecho que todos estos materiales se encuentran, relativamente

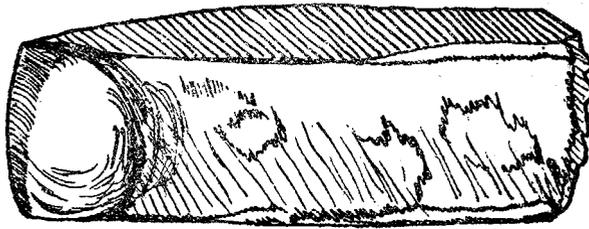
(1) ISMAEL DEL PAN. *El yacimiento prehistórico y protohistórico de "La Alberquilla"*, (Toledo). "Bol. de la Real Acad. de la Historia.", t. LXXXI. Cuaderno II, págs. 149-151. Madrid, 1922.

(Los hallazgos de este yacimiento figuran en el Museo de la Real Academia de la Historia).

(2) D. Fernando de Aguilar, farmacéutico de Illescas, posee una magnífica y nutrida colección de hachas neolíticas.

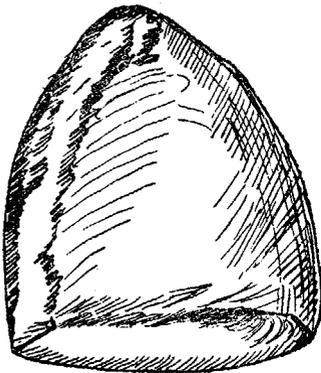
abundantes, en el escalón de roca neísica que se alza sobre el Tajo, al sur de nuestra capital, así como también en la zona silúrica de los Montes de Toledo, por lo que creo que esta parte de la provincia debió de tener gran interés, durante el Neolítico, para el suministro del material de instrumentos, que hasta pudo ser objeto de comercio y exportación, para las tribus habitadoras de la depresión ribereña.

Por lo demás, todas las hachas neolíticas que he tenido ocasión de estudiar, procedentes de la provincia, son de forma



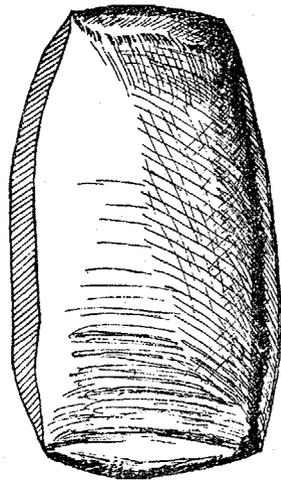
Núm. 8.

Cincel neolítico de diabasa, procedente de San Pablo de los Montes (Toledo).



Núm. 9.

Hachita neolítica, voliva, de la colección del Instituto de Toledo.



Núm. 10.

Hacha neolítica de fibrolita (?) oscura, procedente de San Pablo de los Montes (Toledo)

(Estas tres piezas, son de la colección del Instituto de Toledo.)

triangular o trapezial, y a veces talladas en forma de cincel, estrecho y acanalado, en el sentido de la longitud, a manera de gubia.

Las de mayores dimensiones, apenas si pasan de 16 cm., y la inmensa mayoría, chocan por su pequeñez. De todo esto se infiere que sólo las hachas grandes y los cincelos, debieron ser aplicados a los usos ordinarios: labra en madera y en piedra, o quizás como arma defensiva. Pero las hachas pequeñas, como varias de las que poseen el Instituto y el Museo Arqueológico de Toledo, deben ser hachas votivas, destinadas a fines religiosos o fúnebres. Algunas de estas hachitas han sido encontradas a la entrada de cuevas naturales (San Pablo de los Montes) o en sus cercanías, lugares de probables enterramientos.

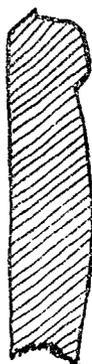
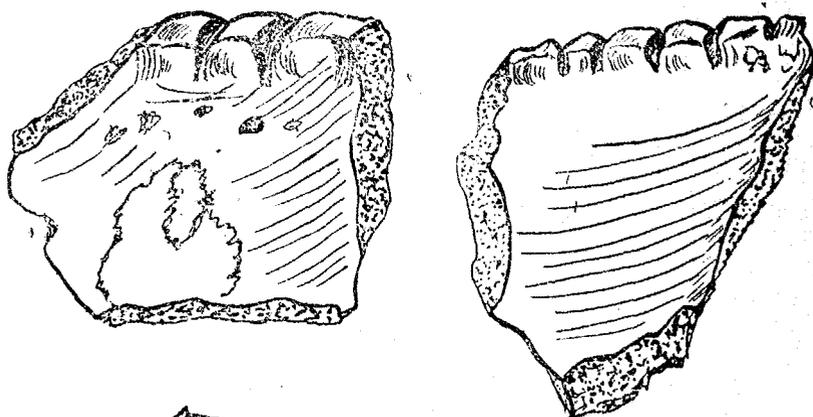
No abundan tanto, como las hachas, las obras de alfarería de los neolíticos toledanos. Y no es porque no exista en cantidad, en la provincia, el material arcilloso, a propósito para su elaboración, lo que hace hoy de la alfarería una manufactura netamente toledana, sino que sobre aquellos toscos y frágiles cacharros, de barro rojizo o negro, moldeado a mano y secado al sol, ha gravitado el peso de ¡ochocientos mil años!, en que los elementos naturales y las generaciones humanas, han rivalizado en su destrucción. Por eso no me es posible mencionar aquí otros ejemplares que los fragmentos de barro rojizo y negro, recogidos, por mí, en *La Alberquilla*, alguno que otro del *Cerro del Bú*, frontero a Toledo (1) y una vasija de barro negruzco, toscamente trabajada, y sin procedencia local determinada, que existe en el Museo Arqueológico Provincial.

La mayor parte de la cerámica prehistórica de Toledo, conocida hasta hoy, es de la Edad de los Metales y muy principalmente, del Período Eneolítico. De este período existen en la provincia, cacharros decorados al estilo de la llamada «cerámica de Ciempozuelos», como son los hallados en *Algodor*, *Bargas*, *Talavera*, y el hermoso ejemplar que, procedente de *Burujón*, posee el Sr. Conde de Cedillo. Además, recientemente, se han hallado, también, en *Azaña*, restos de cerámica eneolítica (2). Y aún se confirma más la existencia del hombre de este período en la provincia de Toledo, por los restos de útiles de cobre que se han encontrado, consistentes en hachas y objetos de adorno personal, de lo que puede

(1) M. CASTAÑOS Y MONTIJO. *Excavaciones en el Cerro del Bú, de Toledo*. Toledo, 1905.

(2) PEREZ DE BARRADAS Y FUIDIO. Op. cit., presentada a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

citarse, como ejemplo, las hachas y puñal de cobre encontrados en



I.P.

Núm. 11.

Fragmento de vasija neolítica, con incisiones unguiculares, recogido por el autor, en el «Cerro del Bú» (Toledo).



I.P.

Núm. 12.

Fragmento de vasija neolítica, recogido por el autor, en el «Cerro del Bú» (Toledo).

Torrijos y *Algodor*, de los que, a título de noticia, se ocuparon en periódicos de la localidad conocidos toledanistas.

Monumentos megalíticos y sepulturas. Períodos del bronce y del hierro.—Es sabido que los monumentos megalíticos, constituidos por uno o varios bloques de piedra, en bruto o toscamente tallada, son los representantes de una arquitectura fúnebre, primitiva, nacida en el período Neolítico y perpetuada al través de los subsiguientes períodos del cobre, bronce y aun

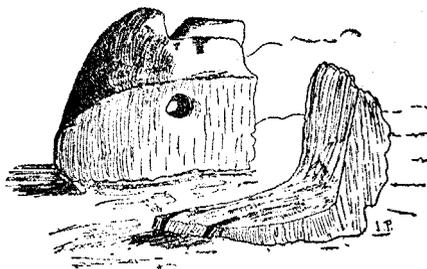
comienzos de la Edad del Hierro. Dicha arquitectura, inspirada en la creencia religiosa de la supervivencia del ser humano, después de la inhumación, se diversificó en construcciones funerarias, como los *dólmenes*, *menhires*, *cromlechs*, *alineaciones*, *cistas*, etcétera, y fué hija de una civilización esencialmente occidental y meridional, cuyos vestigios jalonan las comarcas litorales.

Así sucede en nuestra Península, en la cual tales restos arqueológicos se hallan distribuidos formando un mareo costero, y abundan notablemente en la región andaluza, levante y en Portugal. En el centro de España, por lo menos hasta el día, eran en absoluto desconocidos. Por eso, yo solía sonreír, incrédulamente, cuando oía hablar de monumentos megalíticos en Toledo y su provincia. Tan imposible me parecía que pudieran encontrarse en ella. Toledo no es región de dólmenes ni de menhires. Sin embargo, a varios publicistas y eruditos toledanos, oí siempre citar monumentos megalíticos, ya en las proximidades de la capital, ya en la provincia. Y tratando yo de comprobar la veracidad de tal aserto, siempre tuve ocasión de observar que, cuando no era la etimología de la palabra (*μεγας*, grande, *λιθος*, piedra), era el noble afán de investigar las milenarias grandezas de Toledo, el que hacía ver a los toledanos, monumentos megalíticos, en las formas imitativas a que la erosión atmosférica, da origen, en rocas néisicas y graníticas.

Tampoco a MARTÍN GAMERO se le cocía aquello de la existencia de monumentos megalíticos en los alrededores de Toledo, a no ser, como dice en la página 41 de su Historia, que «a ellos quieran atribuirse aquellos caprichosos grupos de piedras, sobrepuestas, que se divisan en los cerros de la Virgen del Valle». Pero el tiempo se ha encargado de disipar, en esto, mi escepticismo y el de MARTÍN GAMERO, porque los SRES. OBERMAIER y BLÁZQUEZ han señalado, ha poco, la existencia de un dolmen, próximo a *Puente del Arzobispo*. Y yo mismo, no há mucho, he indicado la sospecha de un grupo dolménico en *Ventas con Peña Aguilera*, en donde menciono los restos de un posible *dolmen perforado* (1), destinado a permitir la salida del alma de los muertos allí enterrados. ¿Hay en *Ventas* restos de *cromlechs*,

(1) ISMAEL DEL PAN. *Datos prehistóricos y etnológicos, recogidos en algunos pueblos comarcanos de los Montes de Toledo*. "Bol. Soc. Esp. de Antr. Etn. y Prehist.", t. V, pág. 44-47. Madrid, 1926.

trilitos, cámaras sepulcrales y otros monumentos megalíticos? Mucho han de decir, para aclarar esto, los estudios y recientes



Núm. 13.

Dolmen perforado de Ventas con Peña Aguilera
(Toledo).

(De una publicación del autor.)

descubrimientos que allí está realizando nuestro Correspondiente y culto Médico, D. CASTRO MARTÍN GONZÁLEZ.

Entre tanto, ya puede mencionarse la existencia de la cultura dolménica en Toledo. Mas, ¿de dónde irradió esa cultura? Dada la situación geográfica de nuestra provincia, y la existencia de focos dolménicos en Extremadura y Andalucía, es de suponer que aquellas tribus de arraigada creencia en la vida ultratumba, llegaron, quizá, a difundir ese arte funerario por el corazón de Castilla la Nueva en viajes y fluctuaciones, que para la provincia toledana tendrían su punto de partida en Extremadura, máximo si se tiene en cuenta la situación occidental y meridional de los restos dolménicos, hoy conocidos en la provincia de Toledo.

Más abundantes aún, que estos enterramientos colectivos, son las sepulturas, personales y bipersonales, que excavadas principalmente en neis y granito, se encuentran esparcidas por toda la provincia. Variables en su forma, pues las hay rectangulares, trapeziales, en forma de bañera, con escotadura simple y doble, etcétera; forman a veces en la provincia de Toledo, verdaderas necrópolis, que han sido objeto de la atención de algunos curiosos y eruditos toledanos.

Nada sabemos, con certeza, respecto a su edad; pero de lo que no cabe duda es de que fueron talladas con instrumentos de metal, por las huellas que sobre las mismas se aprecian. Algunas, pues, serán del Período Eneolítico (cobre), pero la mayoría, sospecho, que han de haber sido hechas en plena Edad del Hierro y

hasta pudieran calificarse de cristianas. Desgraciadamente, y a pesar de su abundancia, casi todas ellas han sido profanadas por ignorancia o por codicia, creyendo hallar tesoros, y esto nos ha privado de los restos arqueológicos que pudieran decir algo respecto de su edad.

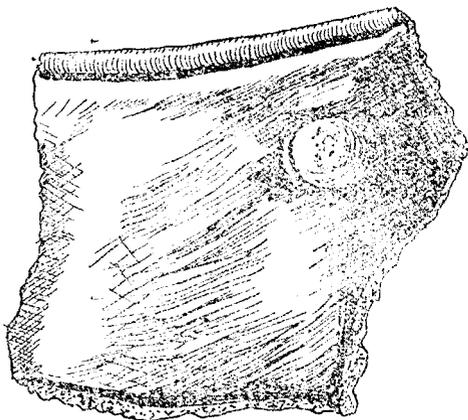
Aunque debiera sacrificarlo todo, en aras de la brevedad, dada la índole de este trabajo, no puedo menos de mencionar aquí la existencia del curioso «hipogeo de San Miguel», en Toledo. Yo he penetrado con místico recogimiento en sus tenebrosas galerías de trazado geométrico, planas de techo, y de sección trapezoidal, talladas en el neis granatífero y glandular, quizá hace miles de años. Y he llegado a pensar, en un principio, que pudo ser albergue de iberos o romanos; pero he parado mientes, más tarde, en que aquéllo pudo tener carácter fúnebre o religioso, y ha venido a mi mente, en seguida, la idea de una cámara sepulcral colectiva, del tipo megalítico, más evolucionada, quizá, que los monumentos de Menga y el Romeral en Antequera (1) y aprovechando, muy cuerdamente, en su construcción el gran monolito neísico, que ya les ofrecía el lugar sobre que se asienta Toledo.

Este monumento antehistórico constituye, por su naturaleza, uno de los problemas más interesantes de arquitectura megalítica, cuya solución han de dar: un estudio más detenido que el presente, y unas metódicas y concienzudas excavaciones. Esperemos, pues, a que un porvenir venturoso nos explique la verdadera índole de este recinto, que guarda, en la actualidad, alineadas en sus frescas galerías, gran número de panzudas tinajas, conteniendo en sus entrañas los clásicos vinos de Yepes o de Esquivias.

Como término de la reseña prehistórica, que hasta aquí vengo haciendo, diré que de las Edades del Bronce y del Hierro conserva vestigios la provincia de Toledo. Aparte de las sepulturas y monumentos, antes indicados, que hacen preciso el empleo de instrumentos de metal, se han hallado instrumentos y restos de cerámica que testimonian la existencia de esas civilizaciones. Y así, además de las hachas y algún puñal de bronce, hallados en los alrededores de Toledo y en diversos puntos de la provincia, tenemos algunas vasijas de barro negruzco, del tipo de los llamados «vasos mamelonados», característicos del Período del

(1) C. DE MERGELINA. *La Necrópoli tartesia de Antequera*. "Bol. de la Soc. Esp. de Antr. Etn. y Prehist.", t. I. Memoria IV. Madrid, 1922.

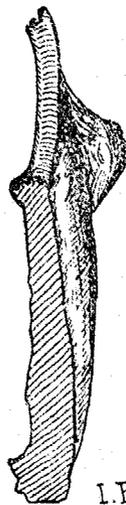
Bronce, como quizás ocurre con algunas de las vasijas que existen en el Museo Arqueológico provincial. Y en cuanto a los ves-



I.P.

Núm. 14.

Fragmento eneolítico, mamelonado, del «Cerro del Bú» (Toledo), recogido por el autor.



I.P.

Núm. 15.

Sección del fragmento eneolítico, mamelonado, del «Cerro del Bú» (Toledo).

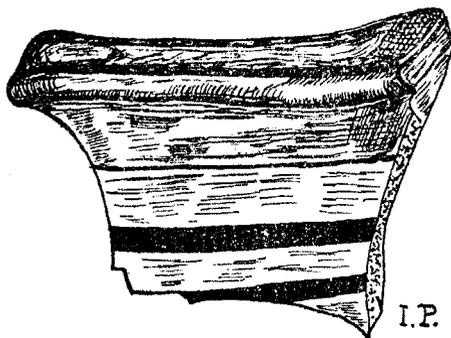
tigios de la Edad del Hierro, existen restos de cerámica, correspondientes a las épocas de Hallstatt y de la Tène (*Cerro del Bú*), «*La Vinagra*», *alrededores de Toledo*, etc. (1). Pero los hallazgos más interesantes, por su naturaleza y por marcar los linderos de separación de la Protohistoria y de la Historia, son los restos de cerámica ibérica que se vienen descubriendo en esta provincia («*La Alberquilla*», *Toledo*, *Azaña* (2), *excavaciones del Circo romano*).

La cerámica ibérica toledana, constituida por restos de platos, cuenquecitos con pie, jarritos, ánforas, etc., de barro rojizo, amarillo y gris, hállase decorada con motivos geométricos, rojizos o negruzcos, pintados, siendo, por lo general, círculos concéntricos, trazos verticales y fajas, cuya ornamentación relaciona este tipo

(1) ISMAEL DEL PAN. *Hallazgos protohistóricos de la orilla derecha del Tajo, en las inmediaciones de Toledo*. "Bol. de la R. Acad. de la Hist. Páginas 411-420. t. LXXVII. Cuaderno V. Madrid, 1920.

(2) *El yacimiento prehistórico y protohistórico de "La Alberquilla", (Toledo)*. "Op. cit.", págs. 143-145.

de cerámica, con la ibérica de Andalucía. ¿No podríamos ver, quizá, en esta correlación artística una prueba más en pro de la

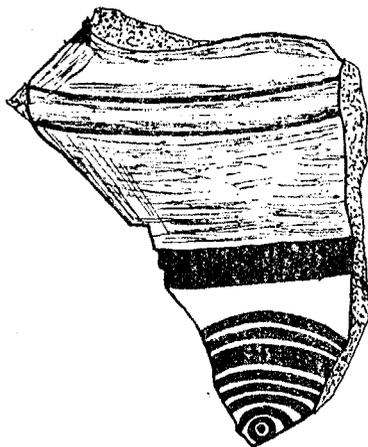


I.P.

Núm. 16.

Fragmento de cerámica ibérica, con ornamentación zonar, de color rojo, procedente de «La Alberquilla» (Toledo).
(Publicado por el autor.)

penetración en el centro de España de elementos ibéricos, cuyo origen hallaríase en Andalucía? Así parece ser, si se tiene, ade-



I.P.

Núm. 17.

Fragmento de cerámica ibérica, con ornamentación concéntrica, procedente de «La Alberquilla» (Toledo).
(Publicado por el autor.)

más, en cuenta opinión tan autorizada como la del Profesor BOSCH GIMPERÁ (1), en cuyo caso, y dada la situación geográfica

(1) PEDRO BOSCH GIMPERÁ. *Ensayo de una reconstrucción de la Etnología prehistórica ibérica.*

de la provincia de Toledo, bien pudiéramos asegurar que, en su territorio, dióse el primer paso para la constitución de un pueblo nuevo en la protohistoria española, el de nuestros ascendientes los celtíberos.

Ya véis cómo esta provincia ha sido teatro de las vicisitudes más diversas de la prehistoria española. El origen de Toledo se remonta mucho más allá de la época céltica, en que lo colocaba MARTÍN GAMERO. Neolíticos y eneolíticos, debieron ya hollar, con su planta, el suelo toledano, hace unos ocho mil años, si no para establecer en él una población, de lo que sería fantástico hablar aquí, por lo menos para convertirlo en defensivo baluarte, y en lugar sagrado, donde dar paz a sus muertos. Que así hizo Dios a Toledo: fuerte y elevado, para guardar más cerca del Cielo que de la tierra las gloriosas cenizas del pasado.

Etnología y folklore toledanos.

Etnología.—Acabamos de echar una rápida hojeada, al remoto pasado de Toledo. Nada más justo, ni quizá más interesante, para llegar a comprender la importancia del papel biológico del pueblo toledano, en la historia, que el estudio de sus manifestaciones etnológicas actuales. Ellas nos darán exacta idea de sus energías raciales y, sobre todo, de las reservas espirituales y morales que, en momento oportuno, puede poner al servicio de la nacionalidad española.

No cabe duda que la Etnología es el nervio de la Historia, factor decisivo en los destinos de un país. Vista la Historia desde su campo, adquiere matices insospechados, pierde su antiguo sabor fatalista y adquiere la palpitante vitalidad, emanada de las acciones de un conglomerado consciente, en donde todo acto obedece a las leyes armoniosas de la biología social.

Dejar sin estudio las manifestaciones espirituales y materiales de un pueblo, es perder el hilo de su historia. Por eso, muy acertadamente, daba la voz de alarma, hace algún tiempo, D. LUIS DE HOYOS, eminente etnógrafo, ante el espectáculo entristecedor de irse extinguiendo el tesoro etnológico español, sin que de su rica cantera hayamos sacado, todavía, los indispensables materiales para construir nuestra etnografía nacional.

El sabio investigador, Sr. HOYOS, repartió, profusamente, cuestionarios etnológicos, por todas las provincias españolas, y su

voz, llegó también hasta Toledo. Y aun cuando fué escuchada con entusiasmo, la magnitud del asunto para abarcarlo en plazo breve, la escasez de investigadores y los dispendios necesarios para llevar a cabo, viajes, observaciones, recolección de objetos, fotografías, dibujos, etc., referentes a estas cuestiones, ha hecho que aún no se haya llevado a cabo una labor etnológica, seria y concienzuda, en esta provincia. Algo se ha hecho, es verdad, en lo relativo al estudio del traje regional, pero aún está por hacer lo que concierne a la etnología de la vivienda, artes, profesiones, medios de transporte, instrumentos y útiles auxiliares de oficios, etcétera, etc. Así, pues, de desear sería que esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, tomase por su cuenta tan patriótica empresa, para honra suya, y en bien del país. Yo, en este instante, y en atención a lo que es este trabajo, seré sólo un turista que recoge matices del sugestivo conjunto de la Etnología toledana.

A tal efecto, me pararé unos instantes a considerar, entre otras manifestaciones etnológicas, para las que no hay espacio en este trabajo, la de la «vivienda rupestre», en la que no sólo se revela el carácter de los que la construyen, sino también la influencia del medio en que radica.

Permitidme que os recuerde una vivienda rústica, propia del vivir campesino de esta provincia: *el chozo*.

Yo recuerdo, que una vez, pasando por Layos, en el kilómetro 15 de la carretera, observé, a la izquierda, en medio de un campo arado, un *chozo* de forma perfectamente cónica, que por su construcción daba idea de solidez y hasta de permanencia en su habitación.

Me acerqué a él. La vivienda estaba hecha con juncos y anea, material seguramente recolectado a orillas del arroyo *Guajaraz*, que un poco más arriba serpentea, y que ostenta toda esa vegetación, en sus márgenes.

El junco forma haces atados sólo por uno de los extremos. Dichos haces están relacionados y ligados, formando trabazón empizarrada y a zonas, que hace difícil penetrar, dentro del *chozo*, agua y aire. En la base de la construcción y, rodeándola, hay tierra apisonada. El remate de esta picuda cabaña es el símbolo del cristianismo: la cruz. Al lado de esta vivienda hay otra más pequeña, pero de igual forma, que sirve de albergue a las gallinas.

Si curioso es el *chozo* en su exterior, aún lo es más por dentro. Resulta de bastante capacidad, aunque no tanta, para el número de personas que pernoctan en él, pues son catorce, entre hombres, mujeres y niños: obligada promiscuidad en que la Providencia coloca a los seres que viven en estado natural. El recinto es a la vez dormitorio y cocina. En el centro está el hogar, circuido por piedras. Allí, el fuego de esta vivienda, *casi neolítica*, lamerá con su llama el caldero de hierro, que por medio de un gancho, puede colgarse del centro de esta cabaña. Y a la vez, en los crudos días del invierno, cuando el bloqueo de la nieve impida salir de allí a sus habitantes, calentará los rústicos lechos de junco y de paja, que a modo de camastro, rodean el hogar en el interior de esta vivienda.

Para darle solidez contra los vendavales, tiene por dentro esta choza una serie de troncos, o ramas gruesas, de árboles, que siguen las direcciones de las generatrices del cono, que forma el *chozo*, cuyos sostenes son, a la vez, de los haces de juncos y aneas, que forman la cubierta de tan primitiva casa. Una puerta, muy baja, sirve de acceso al interior de la cabaña, la que, desprovista de todo otro hueco, queda sumida en la más absoluta obscuridad cuando se cierra la mísera puertecilla. Es maravilloso cómo pueden permanecer tantas personas en el interior de esta cabaña, sin luz ni ventilación, cuando las inclemencias del tiempo impiden salir de allí a sus habitantes. Y aún sorprende más, cómo pueden pasar una noche, entera, en una atmósfera tan confinada e irrespirable....

¿A qué se dedica esta gente, y qué hace allí? Una mujeruca que tiende una ropilla, junto al *chozo*, nos lo explica. Aquello es una especie de tribu, dedicada, a la vez, al pastoreo y a la agricultura. Uno y otra, establecen, en su vida, la alternancia de períodos de estabilidad en el cultivo del campo, y de cambios de lugar cuando la tierra no produce ya lo suficiente o el pasto escasea. Estas gentes tienen sus rebaños, que apacientan, pero a la vez cultivan tierras, que toman en arriendo, sirviéndoles de abono para esas tierras, el estiércol producido por el ganado. Viven de continuo en el *chozo*, que construyen para un cierto tiempo de explotación de la tierra, y cuando la explotación termina, cambian de lugar y construyen una nueva vivienda en otro terreno. Estas gentes son pastores y agricultores a un mismo tiempo. Hay en su género de vida reminiscencias muy primitivas. La trashu-

mancia, impuesta por el pastoreo y la explotación de la tierra, y el sedentarismo agrícola, temporal, imprimen a esta vivienda carácter etnológico tan peculiar como el indicado.

Veamos, ahora, una adaptación constructiva de la vivienda rupestre al medio en que radica, para lo cual bastará con que nos fijemos en las viviendas trogloditas de la provincia de Toledo.

Una buena porción del territorio toledano hállase incluido en la denominada «estepa central española», y a ella corresponden los terrenos miocenos de la provincia y una pequeña parte de los diluviales. Toledo contribuye, en no escasa medida, a la constitución de la región manchega, pues en La Mancha se comprenden la casi totalidad de los suelos esteparios de las provincias de *Madrid, Toledo, Cuenca, Ciudad Real y Albacete*.

El medio estepario, con su clima rudo, su escasez de agua y su terreno ingrato, ha influido en la ecología de la vivienda de los rurales manchegos toledanos. Hija de las características del medio, es la morada troglodita, frecuente en los pueblos de *Villacañas, Quero, Romeral, La Guardia, Ontígola* y otros varios; como es también hijo del medio, el carácter manchego, noble, altivo, y lleno de sutiles agudezas, a cuya condición alude el vulgo, en este cantar:

"Si Dios fuera manchego,
no creyera en El,
que tienen los manchegos
mucho que entender.,,

Respecto a las viviendas de los actuales trogloditas toledanos, puede decirse que son de diversas clases, correspondientes a un tipo común. Las hay que consisten en cuevas más bajas que el nivel del terreno en que se asientan (*Villacañas*) (1). Otras, excavadas en un cerro, muestran varias habitaciones, sin más ventilación que la puerta de entrada; en tanto que otras se hallan ya provistas de una chimenea y aun de algunas ventanas, en la fachada natural del cerro.

(1) EDUARDO REYES PRÓSPER. *Las estepas de España y su vegetación*. Págs. 128-130. Madrid, 1915.

(Este interesante libro tiene un capítulo titulado *Los trogloditas esteparios*, en donde se hace mención de algunas viviendas trogloditas de la provincia de Toledo).

Un tipo curioso y bastante evolucionado, de estas habitaciones trogloditas, lo presentan las llamadas «cuevas de Ontígola», que visité y estudié, no há mucho.

Dichas viviendas hipogeas se hallan talladas a pico en un conglomerado mioceno, de gran dureza, por lo que el trabajo de construcción de la vivienda tiene que ser lento y de mucho esfuerzo. Vistas estas casucas, por el exterior, sólo muestran la puerta, un tanto trapezoidal, y como coronamiento, una chimenea en forma de tronco de cono, fabricada con los mismos materiales del conglomerado, antes dicho.

Unas junto a otras se alinean las puertas, acompañadas de algún que otro ventanuco, rasgado en la fachada natural del altozano. Por aquella grieta, más que ventana, penetra tan escasa cantidad de luz, que no basta a disipar las tinieblas, perennes, del interior de estas rudas y primitivas habitaciones.

Por medio de una rampa se llega hasta la puerta de la vivienda, y ya en el interior, se tropieza, primero, con una habitación o pieza en forma de rotonda, especie de recibidor y de cocina, pues a la izquierda se ve el hogar, tan primitivo como el de los pueblos pastores, sin más diferencia con el de éstos, que haber aquí una salida ascendente para los humos. En la casa que visité existía una excavación en la pared frontera a la puerta, destinada a sostener los cántaros para el agua. No existe fregadero, pues tanto para fregar el servicio de cocina, como para el lavado de la ropa, hay en el exterior de estas extrañas casas, unas curiosas tinas, hechas con la mitad de un tinajón de los de vino, partido en sentido longitudinal. La concavidad que proporciona este trozo de tinaja, sirve para contener el agua que se emplea en tales menesteres domésticos.

En esta primitiva habitación, con el humilde ajuar, que rebosa limpieza, vive feliz el hijo de la estepa toledana. Quizás no haya español que le supere en su arraigado sentimiento patrio, pues parece que su amor al territorio se centuplica en aquel medio inclemente y hostil. Aún me parece oír a una joven, habitadora de una de estas cuevas, en Ontígola, cuando me decía: «señor, estas viviendas, más que para personas, parecen hechas para refugio de alimañas, pero nosotros somos tan felices dentro de ellas, frescas en el verano y templadas en el rigor del invierno, que no las cambiaríamos por un palacio. No es poco decir que vivimos en *nuestra tierra y en nuestra casa.*»

Y, ¿cómo no sentirse feliz, el que con tanto esfuerzo logra vencer a la Naturaleza, en lucha tan desigual, para conseguir un cobijo y un pedazo de pan? No se puede negar que así prende en el alma y se adueña del hombre el sentimiento de la propiedad, base de toda agrupación social. Sólo teniendo esto en cuenta, se explica el que esa muchacha de Ontígola, habitante de la estepa, sintiera la nostalgia de su pobre vivienda, cuando habitaba en una populosa ciudad, según manifestó, y que dejara la vida ciudadana para casarse en tan humilde pueblo, en donde había de terminar sus días, sepultada en vida, en aquella morada troglodita.

Ved, pues, por esos dos ejemplos, que acabo de exponer, referentes al estudio etnológico de la vivienda en Toledo, cómo la Etnología, en esta provincia, tiene interés extraordinario, pues cada problema que consideremos, es un verdadero filón inexplorado para llegar al conocimiento de cuestiones de gran valor histórico-social.

Otro tanto veríamos si nos detuviéramos a considerar los medios primitivos de transporte en esta provincia. Solamente con fijarnos en los medios que emplean en nuestra capital, los aguadores, para el transporte del agua de bebida a domicilio, tendríamos bastante material para un estudio, en que las aguaderas y las curiosas carretillas de mano, con sus primitivos tipos de rueda, alguno casi ibérico, habrían de suministrarnos consecuencias etnológicas de vital importancia. Pero quédese esto para la feliz ocasión en que se lleve a cabo la tarea de escribir la Etnología toledana.

Folklore.—Hó aquí una palabra anglosajona, tan popular, ya, entre los españoles como la más castiza castellana. Su contenido es «el saber del pueblo», esa mezcla de verdad y error acerca de la esencia de los fenómenos que se dan en su propio seno y en cuanto le rodea.

El pueblo es, por sí mismo, un archivo de practicismos y de experiencias heredadas que se acrecienta, en todos los tiempos, con nuevas aportaciones del pensar y del sentir de las generaciones que se suceden.

El «saber del pueblo», conjunto de creencias, supersticiones, ritos, costumbres, fiestas, juegos, leyendas, cuentos, dichos, refranes, etc., etc., no es algo fósil, permanente o impercedero, sino algo que vive y se renueva. Y aunque la moderna civilización

parece haber desterrado muchas de las manifestaciones espirituales del pueblo, éstas no han hecho otra cosa más que sufrir determinadas transformaciones, que las ocultan a la faz de los actuales tiempos, pero cuya esencia y germen permanecen incólumes, soterrados bajo los últimos estratos de la masa popular.

La ley biológica de la renovación, aplicada a las manifestaciones psicológicas del pueblo, debe ser siempre norte y guía del investigador folklorista, si no quiere verse expuesto a constantes fracasos, buscando inútilmente arcaísmos que tomaron nuevas apariencias o que por ley inexorable, de todo lo que vive, caminaron a su extinción.

Esa misma ley de la renovación, que antes invoco, me hace apartarme de la opinión de los que afirman que todo lo popular debe conservarse cual si fuera *tabú* o cosa intangible. El pueblo tiene costumbres y manifestaciones que deben desaparecer como residuos bárbaros, que son, de una civilización primitiva y embrionaria, muchas veces atentatoria a las sanas costumbres, así como al vivir tranquilo y suave, patrimonio de la cultura, que es dulce libertad, nunca oprimida ni por la tiranía del espíritu ni por la aborrecible de la fuerza bruta.

Consecuente con lo que digo, estimo que aún debe intensificarse mucho más la labor difusora de la cultura en el pueblo. Muchas son las verdades que se encuentran en los dichos y sentencias de la masa popular, pero infinitos son también los contrasentidos y despropósitos, que se vierten en muchas de sus frases. La ciencia del pueblo es alcatoria y contingente. A propósito de esto, nunca olvidaré lo que respondió a otro, cierto campesino riojano, muy entendido en la previsión del tiempo: «fulano, ¿lloverá hoy? —Ya te lo diré mañana».

Claro es, que no quiero decir con esto que no merezca atención y estudio el saber popular. Antes al contrario, si el historiador y el estadista quieren asentar sobre base sólida las conclusiones obtenidas en sus estudios, así como el antropólogo y el etnógrafo en sus investigaciones, preciso es que conozcan a fondo las características espirituales de los pueblos que han de ser objeto de la historia o de dirección política. Quizá nada más importante para llegar al conocimiento de los elementos étnicos e históricos, que han intervenido en la formación de una nacionalidad, como el estudio detenido de su folklore.

El estudio folklórico puede llevarse a cabo desde un punto de

vista puramente arqueológico y comparativo, o bien desde el punto de vista histórico-social, como objetivo más inmediato y más humano. Este último criterio ha sido, hasta aquí, el seguido en nuestro país desde que se iniciaron estos estudios, bajo la propulsión del entusiasmo de aquel hombre eminente, que se llamó D. ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ.

En todos los casos es necesario advertir que la labor folklórica no ha de limitarse a una simple recolección mecánica de dichos, refranes, leyendas, costumbres, etc., que haría del estudio folklórico un acoplamiento, deslabazado, de datos sin finalidad alguna. TEÓFILO BRAGA, el gran maestro del folklore portugués, ya hace notar: «que si la compilación es útil y necesaria, también por otra parte tiene el defecto de la incongruencia irracional, el peligro de dar a estos estudios etnológicos una apariencia de frivolidad que los perjudica (1).

¿Cuál es la labor folklórica llevada a cabo en la provincia de Toledo? Escasa y desprovista de sistematización y método científico. Hasta el día sólo existen coleccionadas y publicadas ligeras muestras del rico tesoro del folklore toledano. Quizá la publicación más importante de este género, ha sido el libro *Tradiciones de Toledo*, de OLAVARRÍA y HUARTE, si bien los elementos folklóricos en que se basa, se hallan disfrazados por un bello tinte literario que les roba su valor pristino. Después de esto, sólo se han llevado a cabo en esta provincia, tanteos sin resultados, que aviven la llama del entusiasmo por estos estudios (2). Tales son la creación del centro provincial de Toledo en 1883 y la publicación de un número de la revista *Folklore de Toledo y su provincia*, por GALLARDO Y DE FONT. Esto es todo lo que se ha venido haciendo en la investigación del saber popular de Toledo, y la labor puramente recolectora de algunos cantares y refranes populares, llevada a cabo por el toledanista SR. MORALEDA. Podemos, pues, decir que el estudio del folklore toledano está por hacer, pues no sólo falta la labor analítica, sino también la tarea de acumulación de materiales.

Yo espero que esta Real Academia ha de tomar de su mano el resurgimiento de los estudios folklóricos en Toledo, haciendo

(1) TEÓFILO BRAGA. *O povo portuguez*. T. I, pág. 7. Lisboa, 1885.

(2) ALEJANDRO GUICHOT Y SIERRA. *Noticia histórica del folklore*. Páginas 183 a 184. Sevilla, 1922.

un llamamiento a los elementos intelectuales y eruditos de la capital y de la provincia, para que recojan cuantos elementos del saber del pueblo encuentren a su alcance. Mucho pueden hacer en pro de ésto, los Maestros, Sacerdotes, Médicos, alumnos de establecimientos de enseñanza de la provincia, quienes diseminados por los pueblos de su naturaleza y residencia, de ordinario, o en épocas de vacaciones, pueden recoger materiales importantísimos de labios del rústico y del inculto, siempre que procedan con alguna discreción, aportando, así, notable cooperación a la labor que puede desarrollar la Academia toledana, como centro provincial de folklore.

De los datos folklóricos de la provincia, que he logrado acopiar, se destacan, como elementos predominantes del saber popular toledano, residuos antiguos de la magia y hechicería, aplicados principalmente al curanderismo y medicina popular; fiestas que encierran dentro de sí, el culto de primitivas religiones (predominio del culto a los antepasados), y una extraordinaria agudeza de observación, unida a cierto amor propio, exagerado, en sus dichos y refranes.

Una de las manifestaciones de la magia, en el folklore toledano, es el «mal de ojo», que puede hacerse por personas iniciadas, a aquellos seres que peor pueden defenderse de sus efectos, animales, mujeres, niños, etc. Menos mal, que para contrarrestar el maléfico influjo, ha encontrado el pueblo un remedio infalible: el cuerno de ciervo. Aplicado a los animales (1), es el eficaz desfacedor del encantamiento, y para los niños, no hay mejor amuleto preservador, que una puntita de astil cervuno, acompañado de unos evangelios.

Más difícil es luchar contra los efectos del «mal de ojo», cuando el atacado es una persona mayor. A pesar de todo, también, entonces, tiene remedio para el mal el pueblo toledano. ¿Para qué han nacido, si no, esas mujerucas, que tuvieron la suerte de venir al mundo acompañadas de otra hermana? Esas *gemelas* son, precisamente las indicadas para quitar el «mal de ojo». Claro, que antes necesitan diagnosticarlo, y para ello, vierten en agua unas gotitas de aceite, que se extienden al caer, por lo general, o que-

(1) ISMAEL DEL PAN. *Un curioso amuleto empleado contra el mal de ojo en los borricos de algunas regiones españolas*. Soc. Esp. de Antr. Etn. y Prehist. Memoria XXII. T. III, págs. 47-55, Madrid, 1924.

dan, breve tiempo, reunidas. En el primer caso, la existencia del «mal de ojo», es evidente.

Entonces, entran en juego estas mujeres, denominadas *saludaoras*, quienes por medio de oraciones especiales, llegan a quitar el mal. De una *saludaora de Gálvez*, recogí la siguiente oración, que pronunciaba, misteriosamente, después de bendecir el agua y el aceite de la prueba:

“Dos te miraron,
tres te han de sanar,
Santa Ana parió a María;
Santa Isabel, a San Juan;
estas palabras son dichas,
son dichas muy de verdad;
y todo el mal que tuvieres
hoy te deseo quitar.

Si es en la cabeza, Santa Elena;
en los ojos, San Ambrosio;
en los brazos, San Ignacio.
Si es en el cuerpo,
el Divino Sacramento.
Si es en los pies,
el bendito San Andrés,
con sus ángeles, treinta y tres.

Jesucristo vive,
Jesucristo reina,
Jesucristo te defienda
de todo el mal que tuvieres.

Esta oración la repetía tres veces, rezando el Credo, cada vez que terminaba.

La expresada jerga de palabras cabalísticas, mezcladas con invocaciones a Jesús y a los Santos de la Corte celestial, no basta siempre para sanar a los enfermos del fatídico mal, y entonces, se aplican las operaciones mágicas, definitivas, que en la mayoría de los casos consisten en guardar, la *saludaora*, en su casa, durante cierto tiempo, un mechón de pelo, del cogote del paciente, hasta que éste sana, pues se cree que la influencia mágica bienhechora, que en torno suyo ejerce la *saludaora*, es capaz de influir a distancia sobre el enfermo, por intermedio del mechón de pelo cortado de su cabeza. Así me dijo otra *saludaora* de Cuerva, que había quitado muchos males, por este procedimiento.

En fin, el pueblo toledano bendice la misteriosa sabiduría de

todas estas mujeres, que disponen de la salud de tantos mortales, y ha llegado a rodearlas de una aureola de superioridad espiritual, que las transforma en populares sacerdotisas de Esculapio.

No se me oculta, que la creencia en el «mal de ojo» es una supervivencia de la magia medieval, que debió extenderse por toda la Península. Pero sí me interesa hacer constar, que su arraigo en la masa popular toledana, más que una cesión de la próxima región andaluza, en donde es frecuente la antedicha creencia, es quizá herencia espiritual del pueblo judío, que por tantos siglos se mantuvo en convivencia con los toledanos, aun cuando no fueran íntimas sus relaciones, al decir de los historiadores.

La creencia en el «mal de ojo», es una de las supersticiones más extendidas entre los judíos marroquíes (1), sobre todo en lo referente a los niños, llevándose a cabo prácticas mágicas similares a las de las *saludaoras* toledanas, para llegar a la curación, y aun se pronuncian ante el niño enfermo palabras rituales para preservarle del mal o quitárselo.

Cuántas veces he oído decir, también, a la gente del pueblo, en la capital toledana, cuando se besa a un niño: «¡Dios te bendiga!» Ello es inveterado, y jamás se omite esa fórmula ante los niños de pocos meses. Quién sabe si esas palabras son la panacea preservadora para el niño, por si alguien intentara inferirle el «mal de ojo». Así es en Asturias, donde para curar ese mal a las criaturas, se busca a la bruja y se le hace decir delante del niño: «Dios te bendiga» (1).

De todo esto, al curanderismo y a la terapéutica popular, no hay más que un paso. Cosa extendida es en Toledo y su provincia, echar mano, antes que del médico, de las *saludaoras*, *untadoras* y *curanderas*, en cuanto se declara en quiebra la salud de cualquier ciudadano de la masa popular.

Hay que ver con qué fe se entregan las pobres gentes a las *untadoras*, para sufrir de aquéllas un sin fin de restregones de barriga, en tanto, que tan *ilustres comentadoras de Hipócrates*, se

(1) A. PÉREZ ROBLES. *La fascinación en Marruecos. La superstición entre los judíos marroquíes*. Soc. Esp. de Antr. Etn. y Prehist. T. IV, cuaderno 3.º. Comunicación núm. 47, págs. 67-70, Madrid, 1925.

(1) AURELIO DE LLANO ROZA DE AMPUDIA. *Del folklore asturiano*. Pág. 111, Madrid. 1922.

hartan de hacer cruces y garabatos, con aceite de ruda y de otras hierbas, en el vientre del paciente..... Pero la fe popular, más sólida que las verdades de la Ciencia, todo lo allana, y pronto quedan libres de todo mal, quienes se someten a tan extrañas operaciones. Lo mismo que la dolencia radique en la cabeza, en el estómago o en los pies, la *untadora* opera en el abdomen, que por algo se ha dicho «que tripas llevan piernas.» A buen seguro, que éstas *untadoras* hubieran reducido, pronto, con su masoterapia, la hidropesía, ficticia, diagnosticada por el Doctor Lafuente, en aquella dama de «La ilustre fregona».

Pues en cuanto a la profilaxis de enfermedades y a los remedios, se agotaría el papel, después de verter aquí un mar de tinta, si enumerase todos cuantos se aplican entre el pueblo toledano. Baste citar, como ejemplos, que en *Gálvez*, como medida preventiva contra la epidemia variolosa, toman grandes tazas de infusión de boñiga de vaca. En *Menasalbas*, dicen que desaparece el dolor de muelas, enjuagándose la boca, el doliente, con sus propias orinas. En *Ventas con Peña Aguilera*, curan la hernia aplicando sobre ella un lagarto, que «después de abierto vivo, haya sido frito antes de que muera». Pues en *Consuegra* dicen, que no hay nada mejor para curar las cortaduras o los eritemas del sudor, como llevar en la cinta del sombrero, la «yerba de cortaduras» o el «cardo setero» hasta que se sequen, que es cuando sana el enfermo. Y, en fin, a qué seguir, la terapéutica popular toledana es tan abundante y fecunda, no se si por herencia musulmana, que después de sus aplicaciones a los enfermos, quedan éstos en condiciones de que, cualquier «Galeno» de nuestros días, certifique su defunción.

Pero así es el pueblo; pesado bloque que se opone al avance de la civilización, y que antes fenece, víctima de sus creencias y supersticiones, que abjurar de ellas para amoldarse a nuevos rumbos y normas de vida, distintos de los que le llegan por las tradiciones y experiencia intuitiva de su propio seno.

Un arsenal de datos folklóricos interesantísimos, contienen las fiestas y romerías de la masa popular toledana. Poco es, en verdad, lo que en este campo se ha espigado todavía; algo hizo el erudito Médico de Ventas Sr. *Martín González*, pero aún falta muchísimo que observar y coleccionar en este sentido.

Como fiesta que acusa un remotísimo origen, y que recuerda, en cierto modo, el culto zoolátrico de los animales astados, está

la llamada «Fiesta de la Vaca» en *San Pablo de los Montes* (1), que se celebra en este pueblo el 25 de enero, en honor de su patrón San Pablo. Un mozo, lleva un palo largo, adornado con cintas de seda, de variados colores, y en el extremo, dos cuernos de vaca, también adornados. Forman la comparsa dos mozos, de los cuales, uno va disfrazado de pastor, y otro de mujer, en tanto que otros dos más, van provistos de cencerros. Toda su diversión consiste, en correr en sentido inverso de la procesión, el día del Santo, y en hacer correr a los forasteros por delante de ellos, gritando: «Ahí va la vaca».

Algunas fiestas, ya desaparecidas, como la que celebraban el día de San Blas, los pueblos de *Santa Olalla* y *El Casar de Escalona*, titulada: «La conquista del árbol», recuerda un poco el culto animista, dedicado a los árboles en la antigüedad. Afortunadamente, para la cultura del país, desapareció esta fiesta, porque en «La conquista del árbol», se originaban todos los años batallas campales que causaban víctimas y aumentaban los rencores pueblerinos (2). Igualmente, por su carácter salvaje, han desaparecido las fiestas llamadas: «La Caracola» y «El Tarugo» en *El Casar* y en el pueblo de *Paredes*.

Verdad es, que aún existe en *Ajofrín*, otra fiesta o romería el día de la Virgen, su patrona, en que el cura es manteado en la iglesia por los mozos del pueblo, *distracción* que, a pesar de su carácter tradicional, introduce el sarcasmo y la ironía en el recinto sagrado del templo (3).

Si de las fiestas y romerías pasamos a los detalles costumbristas, de funerales y entierros, veremos destacarse con vigor, elementos del antiguo paganismo. Para no ser prolijo, citaré que en *Navalucillos*, cuando fallece algún vecino, figura como aditamento, en los funerales, la «ofrenda mortuoria de pan y vino», en cantidad proporcional a la calidad de las pompas fúnebres que se hagan al difunto (4). En varios pueblos comarcanos de los *Montes de Toledo*, existe la costumbre del «Banquete fúnebre», comida que da a los asistentes al entierro, la familia del difunto. Y en

(1) Referencia comunicada por el antiguo Maestro Nacional de San Pablo de los Montes, *D. Valentín Hornillos*.

(2) Referencia de mi discípulo, el Abogado de Santa Olalla, *D. Félix Sánchez Caro*.

(3) Referencia de mi discípulo, *D. Gerardo López-Abad*, de Ajofrín.

(4) Referencia de *D. Juan Díaz*, Maestro Nacional.

Ajofrín, antiguamente, cuando moría un niño, obsequiaban a los muchachos que acudían al entierro, con «vino y *torraos*» (1). ¿No es acaso este ejemplo, un recuerdo de las antiguas libaciones en honor al individuo fallecido?

En fin, el folklore toledano es, como se ve, rico tesoro aún no puesto a la luz de la crítica histórica. Materia tiene para escribir más de un libro, en donde se refleje todo lo que este noble pueblo siente y quiere. Su esencia espiritual, cristalizada está en sus refranes y cantares. ¿Puede haber, acaso, copla, que a su gracia sutil, una la intención que ésta, alusiva a los deseos de las toledanas casaderas?

«Al Cristo de la Vega
van las mocitas;
a la Vega del Cristo,
que no a la Ermita».

Pues no se queda atrás, este refrán antiguo, en el que respira por la llaga, el pueblo dolorido:

«Abril y señores, todos son traidores»

Hay refranes meteorológicos, que no tienen desperdicio, sobre todo algunos, como el siguiente, cuya exactitud comprobarán los que vivan o hayan vivido, en invierno, en la capital toledana:

«Airecito que viene de Bargas, que hace llorar a los niños con barbas».

En efecto, en invierno, el aire de Bargas, como viento norte, es tan frío y sutil, como pueda serlo el llamado «Guadarrama», para Madrid.

Hé aquí otro refrán, que según parece, fué obra de alguien que no era de Toledo, ni quedó muy contento de la esplendidez de los indígenas:

«El convite del toledano; bebiérades si hubieses almorzado».

Tampoco debió de ser bautizado, en ninguno de estos pueblos, el autor de este cantar-refrán;

«No compres borrica en Chueca
ni casa en Almonacid;
ni te cases en Sonseca
ni vivas en Ajofrín».

(1) Referencia de mi discípulo *D. Gerardo López-Abad*.

En cambio, pronto echaréis de ver la naturaleza del que ésto escribiera:

“Ajoirín tiene fama
de buenos mozos;
Sonseca de borrachos,
Chueca de flojos,,

Vése en estos dos cantares, el espíritu puntilloso, local, del pueblo toledano, que, a pesar de todos los defectos que pueda tener su pueblo natal, le hace defender a capa y espada la patria chica.

También es dado, a veces, el pueblo toledano, a tener en una mano el ramo de flores, y en otra el palo, y lo que en ocasiones pondera, le sirve para realzar algún defecto. Ahí va la muestra:

“De Yuncos y de Recas
son las hermosas:
las tinajas de vino,
que no las mozas,,

No sé por qué, los toledanos, ponen siempre gran empeño en no aparecer manchegos, aun cuando, en realidad, a la Mancha pertenece gran parte de su territorio. Quizá, pues, del seno de los toledanos recalcitrantes, surgió el siguiente dicho, el cual, eliminando de él la parte agresiva, puede ser un reflejo del espíritu místico y aventurero que flota en el ambiente de la llanura manchega:

“El manchego, fraile, ladrón o arriero,,

CONCLUSION

Habéis llegado al fin de este discurso, señores Académicos. Y digo, *habéis*, porque de vosotros ha sido el trabajo, abrumador, de haberlo escuchado. Ahora, ya creo, que con los hechos, os habréis convencido de mi inutilidad. Prevalido de que no me habéis puesto cortapisas, he abusado de vuestra benevolencia. Más os valiera haberme impuesto aquel conciso y filosófico mandato, grabado en letra gótica, en un púlpito, donde predicó *San Vicente Ferrer*, en Mondragón: «Diga poco y bueno». Y yo, como mal predicador, dándome ese aviso, no me hubiera atrevido a subir al púlpito.

En lo único que creo haber estado acertado, es en el título que he dado a este discurso, pues que su asunto, no forma un verdadero cuerpo de doctrina, ni siquiera llega a ser un programa para acometer, con vigor, el estudio prehistórico y etnológico de la provincia de Toledo. Lo que yo he hecho aquí, es algo parecido al «deber», que a regañadientes, presentan al profesor los colegiales, para no quedarse sin recreo.

Es, simplemente, una reseña de lo hecho en Prehistoria respecto a Toledo, con algunas apostillas, mal hilvanadas, a las que van anejos, unos cuantos puntos de vista de los más culminantes, acerca de lo que pueden dar de sí los preciosos materiales de la Etnología y el Folklore de la provincia. ¡Cuán grande sería mi satisfacción si este esbozo prehistórico-etnológico estimulase a algunos intelectuales toledanos a colaborar en la construcción del magno edificio de los orígenes y de la antropobiología de Toledo!

Hágase, por la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias históricas de Toledo, un llamamiento a todos cuantos sientan amor

por estos estudios, sean o no Académicos, para que cada uno contribuya a intensificarlos, ya con el simple objeto, hallado al rascar la tierra con el arado, en zanjeos o excavaciones de canteras, terraplenamientos, etc., ya con la humilde colecta de un dicho, refrán, cantar o tradición, recogidos de los labios del pueblo. Así se hace la Historia, comenzando por sus cimientos y seleccionando sus materiales, y de este modo, alcanzará esta Academia uno de sus positivos fines; el de convertirse en un centro de estudios toledanos; de investigación, de información y aun de divulgación.

Llevando a cabo esta tarea, llegaríamos a obtener como fruto, el conocimiento interesantísimo del origen y de la constitución étnica actual, del pueblo toledano, datos de vital interés para su historia, con tanto éxito y lucimiento cultivada, en otros aspectos, por ilustres Académicos de nuestro seno.

Los estudios prehistóricos, ayudados por la Antropometría, quizás contribuyesen a dilucidar el por qué de la preponderancia, en Toledo, de cráneos braquicéfalos, sobre el resto de la Península, donde domina la dolicocefalia (cabezas alargadas). Y, por último, la investigación de la Etnología y el saber popular de la provincia de Toledo, nos diría mucho acerca de cómo y en qué medida contribuyeron árabes y judíos a la constitución actual del pueblo toledano (1).

Hasta en el rasgueo de las guitarras, de su rondar nocturno pueblerino, el alma toledana, pone en sus notas ardientes la bélica vibración de un pueblo apasionado, valiente, emprendedor, aventurero, sin obstáculos para su marcha a través del mundo y de la Historia, Y al escuchar, en el silencio de la noche, la copla amorosa, que es arrullo para la moza y reto para el rival, recuerdo, dulcemente, a mi querida patria chica, a la Rioja, y siento que por un momento, los dos ríos, más netamente españoles, el Tajo y el Ebro, confundidas sus brisas, me acarician y regalan mi oído

(1) J. DE LAS BARRAS DE ARAGÓN. *Estudio de los cráneos procedentes de tres necrópolis visigodas*. (Necrópolis visigoda de Carpio de Tajo (Toledo)).

Actas y Memorias de la Soc. Esp. de Ant. Etn. y Prehist. T. VI. Cuadernos I y II, págs. 163-186. Madrid, 1927.

El autor de este interesante trabajo afirma que: «en Toledo el índice cefálico parece haber subido de un modo manifiesto, lo cual hace pensar en una influencia étnica, importante, posterior a la época visigoda, que actuó sobre esa región disminuyendo la dolicocefalia».

con la dulcedumbre amorosa, y férvida majeza de estas dos coplas, una toledana; de Rioja la otra:

“Agua menudita cae
y gotean las canales;
abre la ventana, cielo,
que soy aquel que tú sabes„.

“Echala, tú, que eres majo,
y tú, que eres atrevido;
más vale estar en la cárcel,
que en el hospital, herido„.

HE DICHO

Toledo, 1927.

DISCURSO CONTESTACIÓN

DEL

ACADÉMICO DIRECTOR D. TEODORO DE SAN ROMAN

EXCMOS. E ILMOS. SEÑORES:

SRES. ACADÉMICOS:

RESPETABLE AUDITORIO:

Días de regocijo espiritual y plena satisfacción son estas solemnidades académicas, en las que, *lejos del mundanal ruido*, se rinde sincero homenaje al que consagra sus esfuerzos intelectuales en beneficio de la cultura patria. Mas en el momento actual—por esa fatal ley del contraste que a menudo se registra en el correr de la existencia humana—hay una nota luctuosa que viene a mediatizar este acto; triste nota que no dimana, como pudiera creerse, de que la vacante que ocupa el recipiendario haya sido ocasionada por la muerte; afortunadamente no es así: es el recuerdo desconsolador de que en la última sesión solemne, celebrada por idéntico motivo al que hoy nos congrega, fué presidida por el que era nuestro amantísimo Prelado, verdadero padre de sus feligreses, todo bondad, todo dulzura, que atraía el alma de cuantos le trataron, honor del episcopado y en especial de esta Sede Primada, cuya muerte llenó de luto a la católica España y singularmente a nuestra Academia, a la que honró siendo Académico Honorario. No he de hacer yo su apología, porque aparte de que habría de empequeñecer su memoria, grabados están sus merecimientos y virtudes en los fastos de sus Pontificados y en su brillante actuación antes de empuñar el báculo pastoral. Muy presente tengo aquel día de temperatura glacial, en el que durante las dos horas que invirtió el acto no dió muestra de la menor impaciencia, sino todo lo contrario: su atención reflejaba su angelical carácter y discreta condescendencia. Esta Academia, por mi conducto, cumple el penosísimo deber

de consagrar el más fervoroso recuerdo, envuelto en piadosa oración, al Emmo. Sr. Cardenal Reig y Casanova. ¡Que la luz eterna brille sobre él!

Cumplida esta triste obligación, reanudo el comienzo de este discurso, repitiendo que estos actos llevan al ánimo la más pura de las satisfacciones y el más placentero deleite; y tanto más se acrecienta la alegría, cuando, como en el momento actual y en otros, se franquean las puertas de esta Casa a los que con ánimo repleto de entusiasmo y con gran bagaje científico vienen a vigorizar y prestar calor a los que, como a mí, va faltando la energía necesaria para el trabajo.

Singular complacencia experimento yo, especialmente, en tales ocasiones, porque habiendo sido siempre mi objeto predilecto la juventud estudiosa y conservando todavía devoción a la misión docente, me sirven aquéllas para tonificar el espíritu, a la manera de los específicos que la terapéutica recomienda para vigorizar el organismo físico, ya que una ley inflexible me declaró incapacitado para seguir enseñando.

El nuevo académico que hoy toma posesión de la plaza de numerario—pues ya era nuestro Correspondiente—(y a quien en nombre de la Academia doy la bienvenida, acompañada de un abrazo fraternal, que así es el espaldarazo con el cual se ingresa en este Capítulo de investigación histórica), no necesita ser presentado, porque si bien es cierto que, como él ha dicho, lleva pocos años en esta ciudad, su labor en el aula, exploraciones arqueológicas y trabajos publicados en ese sentido, le han dado a conocer bien pronto en esta provincia.

Vió la luz primera en la capital de la Rioja. Cursó la primera enseñanza en una escuela municipal, regida por un benemérito maestro, D. Eugenio Martínez, el cual descubrió en su pequeño discípulo condiciones especiales para el estudio; y a éste no se hubiera podido dedicar, por su condición humilde, a no ser porque el Ayuntamiento de Logroño acordó premiar al niño más aplicado e inteligente de las escuelas con algo más práctico que una medalla o una caja de dulces. Y, al efecto, dispuso costear los estudios, que se hiciesen sin salir de la capital, al muchacho que, mediante oposición, demostrara más aptitud y conocimientos. El tribunal, por unanimidad, propuso para el premio al pequeño opositor, Ismael del Pan. Más tarde, a petición de éste, el Municipio le concedió una pensión para libros, matrículas, etc., en las

asignaturas del bachillerato. El estudiante no fué gravoso a su Concejo, porque en casi todas las asignaturas obtuvo matrículas de honor y premio extraordinario en el Grado de Bachiller. Mediante concurso de comparación con otros pensionados municipales, el Ayuntamiento de Logroño le costeó la carrera de Ciencias naturales, que hubo de seguir en Madrid. Como la pensión era exigua, pues con 750 pesetas al año no podía sostenerse en la corte y atender al pago de matrículas y libros, huelga decir que trabajó cuanto le fué dable, a fin de conseguir matrículas de honor, porque éstas, además de proporcionarle un galardón, aumentaban su escaso peculio.

En 1911 se licenció, con nota de sobresaliente, en la sección de Ciencias Naturales, pasando a ser Ayudante becario en el Museo Nacional de aquella rama del saber. Al poco tiempo, se anunciaron oposiciones a las cátedras de Historia Natural de los Institutos de Cáceres y Zamora, y como resultado de las mismas fué propuesto, por unanimidad, para la del Instituto extremeño, cuando contaba veintidós años de edad. Casi en seguida fué agregado, por Real orden, al Museo de Ciencias Naturales, encargándosele de cursos prácticos de Geología y de Paleontología. En 1918, se graduó de Doctor, cuyo trabajo doctrinal mereció elogios en el extranjero. Además de correspondiente de la Real Academia de la Historia, lo es de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas; publicando trabajos que han sido declarados de mérito por la Real Academia de Ciencias, como también ha sido laureado en Juegos Florales y Certámenes.

D. Ismael del Pan y Fernández, es un carácter: con decir que nuestro nuevo compañero no ha tenido juventud, está hecha su semblanza. El Sr. del Pan, que ha nacido y vive en una época de frivolidad y frenético egoísmo, de ficción y torpe lisonja, traducidos en banquete por semana; época en que el feminismo ha traspasado los linderos de la masculinidad y arropa su desnudez con las exigencias de la moda, y el sexo fuerte se empeña en enervar sus facultades, abusando de brevajes que conspiran a su degeneración; época en que la población escolar busca, en pleno curso, medios de esquivar el estudio para intercambiar visitas, no ya con carácter científico y prácticas docentes, sino por mero recreo y pasatiempo, siendo un remedo de las *tunas carnavalescas*; época en que al hombre rectilíneo, que no transige con corruptelas ni torpes convencionalismos, se le hace el vacío, se le

tacha de raro y se le considera un ogro, etc., etc.: nuestro compañero, sin embargo, no ha emponzoñado su espíritu en ese ambiente superficial y casquivano, no se ha contaminado con esa atmósfera mefítica. Nacido en la comarca de los antiguos vascones y berones, campean en él los rasgos de tenacidad y constancia de aquellas tribus iberas, poniéndolas a contribución del estudio.

Conocí al Sr. del Pan hace nueve años, por cierto, en un estadio de lucha, pero no vayáis a creer que en una lucha greco-romana al uso, ¡qué sarcasmo! fué en un pugilato de la inteligencia, en una contienda de noble emulación, en que lejos de demostrarse a dónde llega la fuerza bruta y el empuje del hombre que se equipara a las bestias, se aquilataba el esfuerzo intelectual, el alcance del estudio, se evidenciaba cuál de los contendientes iba más allá en la investigación científica. Mi patrocinado dejó el pabellón bien puesto. ¡Con qué delectación contemplaba yo aquel certamen de potencia intelectual, en que una brillante juventud se disputaba lealmente la recompensa, sin ruidos ni alharacas, sin esa expectación inconsciente de las muchedumbres! Muy pocos, en verdad, éramos los espectadores; y la Prensa, que llenaba sendas columnas de sus diarios para referir qué equipo había vencido en el fútbol, quién había tenido más puños en el boxeo y, por tanto, quién sabía machacar mejor con sus golpes al contendiente, o qué diestro taurino descabellaba mejor y merecía la oreja por su formidable tarea, apenas tomó nota de aquel torneo del talento.

Desde el Instituto de Cáceres, fué trasladado por concurso el Sr. del Pan al de Toledo. ¡Qué contraste, señores!: el ingreso de este catedrático en nuestro Centro docente de 2.^a Enseñanza, coincidía, con poca diferencia de tiempo, con mi salida del mismo, por haber sido jubilado; y allá, en el silencio de mi hogar, mientras yo devoraba la amargura que me produjera la forzosa separación de mis queridos compañeros y discípulos, veía el cumplimiento de esa ley ineludible de la existencia humana, en armonía con la física de la impenetrabilidad de los cuerpos, en que la generación que viene después de la nuestra nos empuja para que la dejemos un hueco, y, por tanto, se hace forzoso que los seres que han cumplido su misión, abandonen el espacio que ocupaban para que otros le disfruten.

Nada se perdió en el cambio, sino todo lo contrario: a la caducidad siguió la lozanía, al cansancio el impulso de la actividad; y bien supo el Claustro de profesores acoger con satisfacción a su

nuevo compañero, porque lejos de ser nota discordante en el concierto de amor al trabajo y ferviente culto al deber profesional, que tanto enaltece a los dignísimos maestros de dicho Establecimiento (a los cuales envió desde aquí un cariñoso saludo) es un nuevo factor que aumenta los valores que integran aquella ilustre Corporación.

Por la interesante disertación que acabáis de escuchar, habréis visto la especialidad de los estudios a que se consagra el nuevo académico, y qué buen servicio podrá prestar a nuestra Academia en este importante ramo de las Ciencias Históricas, dentro de los fines que informan nuestros estatutos.

Toledo, que inspira singular admiración en el mundo civilizado, como síntesis de la historia nacional y relicario del arte, no carece de interés en cuanto se refiere a su vida primitiva. Las exploraciones practicadas por D. Ismael del Pan y sus nuevos hallazgos arqueológico-prehistóricos vienen a confirmar la existencia del hombre antediluviano en la región carpetana, y como dice el nuevo académico: «Toledo ha sido teatro de las vicisitudes más diversas de la prehistoria española». Tenemos, pues, un espacioso campo para espigar los frutos que el cultivo de la protohistoria y de la etnología proporcionan. Y no se diga menos del *folklore*, saber popular, que sintetiza las creencias, supersticiones, cantares, leyendas, pensamientos, preocupaciones, fiestas, etcétera, dándonos a conocer la vida íntima de un pueblo.

Por mi parte, nada puedo añadir, ni siquiera glosar, a lo expuesto por el Sr. del Pan en el eruditísimo discurso con que ha deleitado nuestra atención, no ya sólo por mi incompetencia cuanto por el temor de dislocar, digámoslo así, la estructura de su trabajo y los factores que le componen; si lo intentase, haría lo que el niño a quien se entrega una rosa, que en vez de aspirar su fragancia deshoja sus pétalos y destruye la hermosa flor. Pero ateniéndome al ritual prescrito para estos casos, perdonad torture vuestra paciencia, breves instantes, haciendo ligeras consideraciones sobre los estudios llamados prehistóricos.

¿Qué es *prehistoria*? Si nos atenemos a su etimología latina, significa lo anterior a la historia, es decir, a la existencia del hombre, puesto que historia es la vida de la humanidad. La prehistoria parece que debe referirse a la historia de nuestro planeta, o lo que es igual, a la geogenia y geología, porque no se explica que antes de la vida del hombre haya nada que con él

se relacione. Hay quien da más latitud a la palabra prehistoria, queriendo significar aquel período primitivo de la existencia humana en que los hechos no llevan el sello de la certeza histórica, por ir oscurecidos y falseados por la fábula y tradiciones mitológicas; para ellos el comienzo de la historia data del nacimiento del testimonio histórico, o lo que es lo mismo, cuando los hombres empezaron a consignar sus hechos en cualquier clase de documentos. Siempre he entendido que la palabra más adecuada, precisa y de verdadera significación, es la de *protohistoria*, para expresar todo cuanto dice relación a la vida primitiva de la humanidad; es decir, el primer capítulo de la historia, conforme con su etimología griega.

Es la protohistoria una rama desprendida de la geología, formando parte de la ciencia antropológica; es como la historia natural de la especie humana. Los restos del hombre primitivo y de su actividad hay que buscarlos en el seno de la Tierra, la cual es nuestra madre, pues de ella salimos; y los estratos o capas de la corteza terrestre son las hojas de un libro que registra la infancia de nuestra estirpe, su desenvolvimiento primordial.

Suma importancia tienen tales estudios, cuyo objeto es investigar la antigüedad del hombre, su manera de ser y vivir, en una palabra, las condiciones de existencia de la humanidad primitiva. El hombre, en su ansia de saber, constantemente se ha preocupado de penetrar en su origen. Los genios de todas las edades, lo mismo en la antigua Grecia que en Roma, y posteriormente, han empleado sus esfuerzos buscando la solución de tan interesante problema, por más que al abismarse en las profundidades de lo desconocido hayan enmarañado la primitiva historia, cuajándola de fábulas y mitos. Y haciendo aplicación de estos buceos a nuestra región, no hay para qué detenerse en los extravíos de Alcocer y el Conde de Mora, al investigar el origen ancestral de Toledo, como apunta el Sr. del Pan. Nuestro historiador Sr. Martín Gamero, aunque alejado del carácter científico de nuestros días en aquellas investigaciones, sentó el primer jalón para tales estudios. Los avances en ese sentido, se deben a esa ilustre legión, de la que forma parte el Sr. del Pan, integrada por Obermaier, Hernández Pacheco, Werner, Fernández Navarro, Pérez Barradas y Fuidio, que han puesto a contribución su inteligencia y voluntad para el estudio de la prehistoria toledana.

Y me váis a permitir que, a modo de paréntesis, intercale una

nota, que quiero dejar bien sentada, pues no carece de oportunidad en el año actual, en que celebramos el centenario del Rey Prudente. En el de 1574, en que comenzaron a redactarse las relaciones topográficas por iniciativa de Felipe II (¡el enemigo de la civilización, según sus detractores!), el célebre Ambrosio de Morales, según opina D. Fermín Caballero, o, según otros, Juan de Ovando, Presidente del Consejo de Hacienda, dictaron las instrucciones en que se prevenía, «que debía darse cuenta en aquéllas, si alguna persona hallase en los términos del pueblo algún tesoro de monedas, de qué metal y figura, o instrumentos de metal o barro y huesos de hombres agigantados o de estatura regular petrificados». Lo cual evidencia el interés que tales descubrimientos despertaron en nuestros antepasados, en una época en que no se sabía lo que era el hombre fósil.

Acrecienta el singular interés que deben inspirar estos estudios, la necesidad de utilizarles como arma de defensa, ya que la teoría evolutiva o transformista de Haekel, los esgrime para ponerse en frente de la Revelación. Un temor pueril, revestido de un sello piadoso y a veces de ignorancia, aleja a muchos de aquellas investigaciones; no teniendo en cuenta que la Iglesia Católica no sólo consiente todo género de disquisiciones en esa materia, sino que las fomenta y aplaude, como lo demuestra la entusiasta colaboración que prestan a dichos trabajos insignes sacerdotes, desde el abate Bourgeois, a mediados del siglo último, hasta nuestros mismos días. Los esfuerzos que hace la impiedad para desmentir el relato sagrado no sirven más que para poner de manifiesto su mala fe. La ciencia no está, ni puede estar, en pugna con la Revelación, como lo acreditan innumerables obras escritas en nuestra edad por los genios más eximios de la ciencia. En corroboración de nuestra tesis, citaremos, entre otros hechos, aquellos que han sido objeto de más contienda, como el orden de aparición de los seres, antigüedad del hombre, el Diluvio y el estado social del hombre primitivo, en los que se evidencia la armonía de los progresos científicos con la narración de Moisés; del mismo modo que las tradiciones universales de los pueblos gentiles de la antigüedad, perpetuadas en sus libros sagrados, mitos, poemas, leyendas, etcétera, atestiguan la universal concordancia que existe acerca de las verdades consignadas en el Génesis.

Termino dirigiendo encarecido ruego a cuantos se hallen capacitados para el trabajo intelectual, sobre todo a los que ejercen

la honrosa misión de la enseñanza y más especialmente a los que comparten ese apostolado con el sagrado ministerio de la Iglesia, a cultivar los estudios prehistóricos, pues en ellos han de encontrar motivos más que suficientes para admirar las grandezas de la Creación y la infinita sabiduría de su Hacedor, a la vez que argumentos irrefutables contra la heterodoxia; pues, según la hermosa frase de Bacon de Verulam, «la poca ciencia mueve hacia el ateísmo, y la mucha conduce al hombre a Dios, a la Religión».

HE DICHO.

DISCURSO

LEÍDO POR

D. CALIXTO SERICHOL IBÁÑEZ

COMANDANTE DE ARTILLERÍA

EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN PÚBLICA

SEÑORES ACADÉMICOS:

Parece natural que al verme en esta tribuna tan desmedidamente alta, adquiriera conciencia de mi pequeñez y apareciera ante vosotros temeroso y humilde, sin aliento para nada. Llego, en cambio, con el atrevimiento y el desenfado que me presta mi ignorancia, y la tranquilidad del que sabe que ha de hablar ante quienes, educados en el culto de la belleza y en la serena crítica de la Historia, guardan la suma benevolencia para todo devoto de sus disciplinas. Si el trance me infunde miedo es, sinceramente, por vosotros: porque me imagino que al ver mi designación para formar parte de esta Real Academia, dudarán las gentes de vuestro buen discernimiento, y seré causa, sin quererlo, de que arrecien en sus diatribas acostumbradas los eternos discutidores.

Acudo a vuestro llamamiento un poco envanecido por el honor que me hacéis. Pero antes, convendrá que escuchéis mi profesión de fe, por si aún es tiempo de que, por hacerme justicia se cierren para mí estas puertas, y no acojáis a quien puede discrepar de vuestro común sentir. Lo digo porque, repasando yo los méritos que hayáis podido apreciar en mí, no encuentro ninguno, como no sea ese fervor que pongo yo en mis lecturas del Quijote, que por ser tan a mis solas, tampoco sé cómo pueden llegar a vuestro conocimiento; como no sea por el de ese proyecto de monumento imaginado en el Toboso que me sugirió el Gran Libro, y que me apresuré a comunicar a Toledo, como una cosa que siendo mía, quería yo que fuese suya.

De esas lecturas, me he formado, sin proponérmelo, una cierta aptitud crítico-literaria, de tan pobre contextura, que no habría osadía mayor si quisiera hablar de ella, pero que me ha llevado a una convicción tan desconcertante que me avergüenza como

una herejía. Y eso es lo que quiero confesar aquí, por si pareciéndoos poco depurado el acuerdo de llamarme a vuestro lado, pudiérais volver sobre él y no dar lugar a mayores males.

Mi conclusión herética es que, en contra de lo que pudiera deducirse de ese fervor mío por la obra de Cervantes, yo no soy cervantista. Os sonreiréis, sin duda, de esta declaración, en cierto modo presuntuosa; porque ser cervantista supone un estudio profundo, un conocimiento perfecto de la obra de Cervantes, a que no puedo aspirar; de modo que si no soy cervantista es, sencillamente, porque el título no es para todos. Pero no, no es eso, y aquí viene la herejía: es que yo *no quiero* ser cervantista; no quiero entrar en la Academia tildado de una adhesión que no siento, porque lo menos que debo hacer, en correspondencia a vuestra atención, es no engañaros.

Yo divido la literatura cervantina en dos partes: de un lado, el Quijote; de otro, las demás obras suyas. Es una división tan sencilla y, a la vez, tan clara y evidente, que tiene carácter de perogrullada. Y hay tal diferencia entre una y otra, que, admirando las dos, no puede uno confundirse en apreciaciones. Si me declaro, pues, quijotista, expresaré mejor la huella de mis lecturas; sólo que quijotista, no porque me acerque al imposible conocimiento perfecto del Quijote, que puede negarme cualquiera, sino por devoción idólatra, que le disputo a cualquiera. Lo único que queda es ver el obstáculo que hay para que, siendo quijotista, no quiera llamarme cervantista.

La razón fundamental es que considero al Quijote muy superior a Cervantes, tan superior a él, que hay que desligarlos. Parece esto más bien una sinrazón, porque no se advierte cómo puede separarse un autor de su obra; pero se sale al paso del reparo, observando que todos los padres desean que sus hijos sean hermosos, fuertes, héroes y sabios, pero la consecución de ese deseo escapa a su voluntad, sin que en obtenerlo puedan poner apenas nada. Por otra parte, se admira al héroe, al fuerte, al sabio, al hermoso sin que envolvamos en la misma admiración al padre; y aún cabría distinguir entre los hijos de la carne y los del entendimiento, si no fuera porque, además, Cervantes engendró al Quijote con propósito muy inferior a sus consecuencias.

Cervantes pretendió tan sólo desterrar los libros de caballería, escribiendo otro libro de caballería que fuera burla de todos ellos. Bien modesta fué la intención. La novela caballeresca tenía,

sin embargo, su razón de existir, porque con sus quimeras mantenía enardecido el espíritu de unas gentes que tenían que sostener la lucha de las Cruzadas, que mantener vivo el antagonismo entre Cristo y Mahoma. Sólo que la abundancia era tal, que se asfixiaba ya nuestra literatura con las estúpidas historias de tantos Amadisos de Gaula, Don Belianises de Grecia, Palmerines de Ingalaterra, Partinuples de Bles, Lisuartes y Floriseles, Policisnes de Beocia, Esplandianes y caterva de mamarrachos más, que hacían bambolearse en sus cimientos el grandioso edificio de nuestra novela, que empezaba a levantarse. Cervantes, con su profunda sátira, hirió de muerte la caballería, y cumplido el intento, de modo muy loable y certero, nada queda de él: después, solos Don Quijote y Sancho, ajenos en todo a aquel propósito, y su gloria, también extraña, son el designio providencial que señala al mundo el poder inmortal de una raza que ha de hablar siempre español. Cervantes no sabe con certeza (aunque lo presiente, es verdad) que está escribiendo la historia de dos símbolos eternos en el espacio y en el tiempo, y como tal historiador no tiene intervención en la constitución anímica de sus héroes.

Pero eso debe adscribirse solamente su nombre al resto de su obra. Y como tal, merece la misma admiración y la misma adhesión que otros autores nuestros que han realizado también labor tan preciada por lo menos. La contribución a nuestro acervo literario, la obra de conjunto de una Fernán Caballero, de un Alarcón, de un Pereda, de la Pardo Bazán, de Valera, de Galdós el coloso, de Clarín, de Palacio Valdés, de Blasco Ibáñez, de Azorín, de Unamuno, de Baroja, de Valle-Inclán, de Pérez de Ayala, del inmenso Benavente, en fin, es cada una de por sí tan limpia, tan uniforme, tan completa, tan sugestiva y tan meritoria, como la colección de Novelas Ejemplares y las Comedias y Sainetes: tan dignos unos y otros de que se abonde tanto en el estudio de sus libros, que su conocimiento dé el derecho a denominarse con un *ista* añadido. El Quijote, no: su eterna gloria es obra de la Humanidad entera, y no tiene ni tendrá par, por los siglos de los siglos.

*
**

Temas son éstos que requieren tiempo y no son de esta ocasión, y que, por ser inagotables, siempre invitan a su estudio.

Me limito yo a dejar sentada mi filiación exclusiva de quijotista, y creo que la admitiréis a poca costa. Lo que por lo menos quisiera es que no me confundierais con esos cervantistas al uso que se limitan a la crítica verbalista, sin entrarse en el examen de la psicología de los personajes, dando más importancia al ropaje de que vienen vestidos que a sus cualidades espirituales. Ni con esos otros que tan particular interés muestran por conocer los detalles menores de la vida de nuestro autor, acreditando una curiosidad a prueba de paciencia. Ni con esos otros que, buscando el sentido esotérico de sus obras, estudian a Cervantes como médico, como sociólogo, como geógrafo, como agente del fisco, como administrador militar, como jurisperito, como teólogo, como músico, como astrólogo judicial y hasta como sastro y cocinero. Ni con esos otros, finalmente, que quieren ver en cada personaje del Quijote el retrato de un ser real y verdadero, y consumen su entusiasmo en una búsqueda inútil y absurda; como cierto admirado amigo mío que está seguro de haber encontrado, y la muestra a quien quiera, una falda que perteneció a Dulcinea. Cervantistas todos ellos que empequeñecen la obra, que es lo contrario que se proponen.

* * *

Observaréis que en nada de lo que he dicho hasta ahora, y lo mismo comprobaréis en cuanto he de decir aquí, hay originalidad alguna. Todo lo conocéis, vosotros, hombres de amplia cultura. Tened en cuenta que todo es fruto de mis lecturas, no de mis estudios, tan ajenos a estos matices literarios; y que harto haré si puedo probar que esas mis lecturas han dejado en mí algún sedimento. Se corrobora a cada paso mi falta de méritos para ostentar esa medalla que me reserváis, colgada hasta hace poco en el cuello de ese insigne renovador de nuestra cerámica que es D. Sebastián Aguado, y con decir su nombre está dicho todo para Toledo. Me disculpo yo a mí mismo por la consideración de que me otorgáis cierto carácter representativo, aunque eso sea contrario al espíritu de vuestros preceptos, porque no se podía ver con calma que una Corporación como ésta, índice de la cultura toledana, no contara con quien viniera desde esa gloriosa Fábrica de Armas, dirigida por el Cuerpo de Artillería,

de tan alto valor cultural. Lo lamentable es que sea yo quien la represente.

Las últimas palabras de este largo preámbulo han de ser la expresión de mi gratitud a cuantos, al impulso de su bondad y su cultura, han querido que estos momentos queden imborrables en mi recuerdo por el relieve de su presencia. De más significación, por la circunstancia señalada de ser hoy, 4 de diciembre, el día artillero del año; ese día en que todos los que llevamos bombas en el cuello apretamos un poco más los lazos que nos retienen unidos a este Cuerpo, a esta persona moral, con su gran corazón, que no aspira a más que a consumirse en el amor purísimo de la Patria.

Día de reflexión y de examen de conciencia, bajo la mirada de Santa Bárbara, de aquella dulce virgen de Nicomedia, que es como el símbolo de los espíritus fuertes. Murió por defender el tesoro espiritual de su cristianismo, y se abatió sólo ante la fuerza brutal de quien más debió amarla. Los inexcrutables juicios de Dios guiaron también el rayo que vengara el crimen, y quedó ungida la santa de la divina gracia. Bajo su égida, y cuando se piensa en ella y en su sacrificio, siente uno elevarse su corazón para que no se contamine con las pasiones que nos arrastran hacia el lodo. Yo os suplico, rendidamente, un recuerdo para los artilleros ausentes y para los que dieron su vida en holocausto de sus deberes para con esta España de nuestros amores.



Supongo yo que me agradeceréis el propósito que me he formado de no encerrar este obligado discurso en los límites conceptuosos de un doctrinarismo seco y aburrido. La ocasión, sobre todo, y el auditorio, exigen no extremar la nota grave, no dar a esta sesión de hoy, solemne más por la costumbre que por lo que promete de mi parte, un carácter excesivamente académico, en cuanto suponga manifestación de profundos estudios. No; nada de disquisiciones ni de investigaciones áridas; nada de ensayos críticos que, ni aun momentáneamente, ocupen vuestro juicio. Dejemos tales cultivos a la labor callada de la Academia, a su trabajo de cada día: por hoy, conformémonos con divagar

superficialmente sobre algunos aspectos de nuestra vida ciudadana, tan interesantes siempre.

Como no he de desarrollar un tema definido, no he podido poner al frente de mi trabajo un lema que lo compendie, un rótulo que nos anuncie el surtido de sus ideas, que tal vez no se encuentre una que merezca consideración, y si sólo bagatelas sin consistencia. Y más vale; porque de obligarme a ello me vería comprometido, con miedo de que me calificárais de agresivo, con agresividad inútil, porque ni debo pretender reformar nada ni debo olvidar el respeto que merecéis ni el que me merece nuestra ciudad. Porque mi lema, aunque no estoy muy seguro de ello, pudiera ser éste: «No obstante, ser Toledo ejemplo perenne y vivo de arte, los toledanos carecemos de sentido estético».

*
* *

Lo primero que merece una explicación es el por qué me cuento yo, como un intruso, entre los toledanos. Verdad es que no he tenido la suerte de nacer en Toledo, pero tampoco hay que dar a este hecho demasiada importancia. No nacemos donde queremos. Este título de toledano es, más bien, conquistable, como ejecutoria tan preciada que corre de boca en boca, para alabarla, por todo el mundo. Yo, lentamente, por el camino de la admiración rendida, llevo mis aspiraciones; y, mientras lo consigo, acato también los fueros naturales como puedo. Las raíces de mi ascendencia no germinaron fecundadas en vuestro suelo, pero mis hijos son frutos jugosos de la tierra, y aunque no están en sazón, aunque no han pasado del estado de monigotes, acusan ya claramente los signos de la raza: cordialidad ruda; efusión, pocas veces; las más, hosquedad reservada; un individualismo rebelde que se manifiesta ya en sus rabetas; pero siempre destilando dulzura, sobre todo las hembras, como si en sus venas se hubieran ingertado mieles de albaricoquero. Se observa bien en ellos la continuación de mi *yo*, en sus dos naturalezas, física y espiritual, y puedo, pues, concederme algún derecho a incluirme en vuestras filas, aunque valga poco para restar fuerza a mi acusación.

*
* *

Los toledanos carecemos de sentido estético. No puede negarse entre nosotros cierta apetencia artística, no exagerada tampoco, manifestada de mil modos. El modo más vulgar y repetido es el de esa mujer, de la alta clase o del estado llano, que dispone de una reja en un rincón escondido y cuelga en ella una jaula, y la matiza con las pinceladas rojas de un geranio: bástale eso para comunicarnos una sugestión de belleza. O el de ese otro espíritu soñador que cruzará en la alta noche, cuando todo es silencio y melancolía, ese pasadizo medroso, en el que una llama agonizante atrae sus miradas hacia una cruz de madera carcomida; logrará desprenderse del afán a que nos condena la vida, y en el susurro de una plegaria de maitines que anuncia el nuevo día, aspirará el ignorado perfume de una novia de ensueño con tocas blancas.

Sí; sentimos los toledanos cierta apetencia artística influenciados por el ambiente evocador en que vivimos, obligados por el misterio que dejaron los siglos enredado en el dédalo de nuestras calles. Pero es acción aislada, disgregada, centrífuga, sin cohesión alguna. El alma ciudadana carece de sentimiento estético, porque si lo tuviera, esos problemas de arte que con tanta frecuencia se nos presentan, nos interesarían más, retendrían nuestra atención con ahinco, para buscar su solución en el propio terreno en que se plantean, en vez de ser causa de dividirnos, en pugna de pasiones que tienen su razón de lucha en dominios ajenos al Arte.

Si se bucea en el alma de la ciudad en busca de ese sentimiento estético, se dará pronto con que está recluído en una minoría que ni aún ha sabido conservar sus opiniones en una ecuanimidad serena y se ha entregado de lleno al desenfreno de sus radicalismos. Así, vemos dividida siempre esa minoría en dos partidos que son polos opuestos de un eje, alrededor del cual gira nuestra vida artística, sólo que, tan torcido está el eje, que no cumple su función, y la vida se paraliza con peligro de la ciudad, que es la única perjudicada en la discordia.

Tal es el encono de la lucha, que lleva camino de dejar la misma memoria histórica de otros partidismos famosos. Ellos se llaman «tipistas» y «tripistas», así como fueron güelfos y gibelinos, capuletos y montescos, carlistas e isabelinos, y no sé si bajando el tono aspirarán al mismo ruido que produjeron chorizos y polacos, o joselistas y belmontistas. Los designaremos

aquí para que en estas nobles y limpias paredes no encuentren eco palabras del arroyo, con sus nombres verdaderos: dogmáticos y escépticos, porque los unos contienen su credo en un dogma cerrado, bien definido en una frase, bella en verdad, que flamea como guión de combate; los otros no creen en nada, no creen en la virtud del Arte, y le sacrifican siempre que haga falta. Quien quiera establecer normas estéticas que sirvan de guía a la resolución de nuestros problemas de arte, hará bien en situarse tan lejos de los unos como de los otros: tomar una posición ecléctica, que es, al parecer, más cómoda, pero que no lo es; sino por el contrario, más difícil, porque todo género intermedio requiere más esfuerzo y mejores dotes mentales; y más eficaz, porque los extremismos no conducen más que al exarcebamiento, y, en este caso, no sirven ni para estímulo.

*
**

Al compás de los tiempos el Arte toma formas nuevas, adaptándose al medio en que vive, sin desdeñar, es cierto, ni poder desprenderse de las ataduras que le ligan al pasado. La vida moderna lo primero que pide al Arte es lógica: exigencia bien extraña para lo que nunca se sujetó a principios. El Arte debe plegarse al espíritu de nuestro tiempo, que tiene por características: velocidad, sencillez, equilibrio, diafanidad y un acomodamiento esencial a las necesidades ordinarias. Se vive muy deprisa y no hay tiempo más que de contemplar las síntesis. Un pintor no nos dará más que visiones concentradas, profundas, que nos sugestionen hondamente, sin que nuestra emoción se distraiga con la copia fiel de las superficies; a un escultor le pediremos la expresión material del espíritu de su modelo sin importarnos la exactitud del modelado; de un músico esperamos que un «motivo» desarrollado en acordes reducidos nos dé la total visión sinfónica del alma de las cosas; en una obra literaria apreciaremos la intensidad de la acción más que la fluidez de la forma; en el teatro buscaremos el símbolo discutido de los superrealistas, a riesgo de caer en el peligro extravagante de los escritores de la vanguardia heroica: todo así, corto, rápido.

La arquitectura es la que con más necesidad ha de obedecer estas exigencias. Cuando la vida era más quieta, quedaba tiempo para detenerse ante un caserón, ante un castillo, a contemplar su

fábrica; y los artistas podían acumular en sus obras detalles sobre detalles, masas, formas, seguros de tener siempre desocupados admiradores. Hoy, las estructuras han de ser ligeras, las líneas sencillas; para el interior, la mayor cantidad de luz y aire posibles; para el exterior, fachadas de percepción fácil, sin decoraciones complicadas, entretenidas, como para gentes que andan deprimida.

El Arte debe renovarse sin cesar. En los tiempos del automóvil, del avión y de la telegrafía sin hilos, no debe pretenderse que perdure la estética de los siglos pasados. Nada nos importa que nuestro ascensor no esté adornado con guirnaldas o festones tallados, y lo que le pedimos es que sea rápido y sus frenos potentes y seguros; nada que nuestro aparato telefónico sea de estilo barroco, y sí que su audición sea clara; nada que el cuarto del hotel que nos recibe amablemente sea de estilo español siglo XV o Renacimiento o Luis XVI, y sí que sea confortable y cómodo, y tenga un buen cuarto de baños, aunque no sea de estilo pompeyano. Querer prolongar las bellezas pretéritas, bellezas certísimas, es hacernos envejecer prematuramente, desconfiar de la juventud de nuestro tiempo, de su fuerza y, también, de su innegable belleza.

Porque si el Arte no ha de tener otro fin que exaltar el placer en el alma y en los sentidos, hay que reconocer que en nuestra vida moderna hay fuentes de emoción tan diversas y tan poderosas como las hubo siempre. El sentido estético reside, no en las cosas, sino en nosotros mismos, y un combate de boxeo, un rascacielos y un automóvil en marcha alocada, pueden sacudir nuestra sensibilidad con la vibración de todo lo bello, ya que su dirección sensorial es de dentro a fuera y no de fuera a dentro.

El Arte no puede ser patrimonio de tiempos determinados ni puede recluirse en zonas ni puede ser aristocrático. El sentimiento estético privilegio fué de los escogidos, es la verdad; pero ya las muchedumbres van invadiendo el ancho campo con su cultura y logrado imponer sus gustos, empezando por la música, que es el arte más asequible a las masas, por ser el menos cerebral. Hoy llega el Arte hasta los confines más utilitarios, y no desdeña mostrarse ante una máquina en movimiento, ante un mercado, ante un almacén, y hasta ha creado esa linda modalidad del cartel anunciador, que nos sugestióna todos los días.

Tampoco es incompatible con ninguna otra manifestación de nuestra inteligencia o de nuestro sentimiento. Hay que reconocer, sin embargo, que siempre ha habido un particular empeño en demostrar que el industrialismo, las aplicaciones de la Ciencia, tendían, por reacción inexplicable, a destruir todo patrimonio de arte, y que, por tanto, no podían convivir. Pero nadie podrá tomar en serio el intento, porque siendo uno y otra, Arte y Ciencia, estados emocionales de tan diversos fines, pueden desarrollarse en nuestro espíritu de modo paralelo, sin que la Ciencia se enseñoree de nuestras potencias, más bien complementándose con el Arte; es decir, la verdad en inseparable consorcio con la bondad y la belleza.

Vednos ahora ante el panorama, recortado y duro, de este Toledo encaramado en su peña prócer. Nos hallamos en el camino del Valle, sobre los riscos desolados que dominan la Ciudad, o que la guardan cautelosos, en un punto desde el que, con poco andar, puede verse cómo entran en la honda garganta del Tajo los reflejos de sus dos vegas, fondo luminoso de sus dos puentes. Las casas, de ocre oscuro, apretadas unas contra otras, se precipitan, despeñándose ladera abajo, hasta la misma ribera, y las últimas apenas si pueden detenerse en la caída: el agua moja ya sus pies. Se sostienen por su engarce en los rosarios retorcidos de las calles, atadas todas a las moles gigantes del Alcázar y la Catedral, que se han clavado bien a tierra con las fuertes agujas de sus torres.

El río, que ha entrado en la gigante hendidura sumiso y quieto, se alborozaba travieso, y salta hecho espumas, en los escalones de su cauce. Sube de tono su voz monocorde y atruena el espacio, cantando con brío su leyenda de oro. A nuestra espalda, los riscos pelados son grises, y en sus agujeros nace algún árbol, que es negro, y trepa hacia arriba apoyando en el suelo un pie o una mano. Apenas si hay un hueco con tierra donde unos matojos se agarren hambrientos, a la desesperada; y todo nos habla del cataclismo que debió preceder al desprendimiento de las colinas ingentes donde duerme la Ciudad su sueño de siglos.

Allá donde principia la angostura, yérguese nuestro castillo, nuestro San Servando, ese atalaya decrepito que un tiempo viera enredarse las nubes en sus almenas, como un airón de gloria. En sus torreones panzudos, que ya no infunden miedo, la luz recorre toda la gama de su color para anunciarnos que va a comenzar la tragedia de cada día.

Va llegando a su fin la agonía lenta de la tarde. Las primeras sombras han entenebrecido las aguas, avanzando contra la corriente, poco a poco, haciendo asidero de las orillas y afianzándose en ellas para subir, trabajosamente, por los flancos de la grieta. Al mismo ritmo de la subida van desdibujándose los trazos negros que perfilan las casas hacinadas, bórranse los contornos, y todo se va fundiendo en una masa indistinta, como de tierra cocida. Las breñas opuestas toman, en los cambiantes de luz, formas atormentadas, como visiones de quimera. La cúpula clara que sirve de montera al panorama tórnase violada primero y luego azul, con brochazos de añil que a cada instante se empapan más de negro.

Ya la luz vencida, va replegándose a las alturas, se refugia en las cimas, en las torres, en las puntiagudas agujas; algún destello, última mirada del día que muere, intenta todavía quedar prendido en una veleta que, tornadiza y voluble, inicia un giro burlón en ademán de despedida. El sol se hunde definitivamente en su ocaso y la tragedia ha terminado con el triunfo de la noche.

El frescor que sube del río nos humedece las espaldas. Se siente frío, de la noche y de la emoción; y una angustia infinita nos oprime el alma, nos atenaza la garganta, hasta arrancarnos un sollozo. Es la hora propicia: la hora del amor y de la muerte. Piensa uno que en aquel momento bien pudiera cortarse el hilo de nuestra vida, y se presiente la horrible belleza de nuestro cuerpo rebotando de piedra en piedra, sorbido por aquellas aguas turbias que nos llaman con su voz obsesionante de sirena. Nuestros ojos no pueden apartar su mirada de esa línea de espuma que corta la corriente de orilla a orilla, como un sendero de luz, y poco a poco nos sentimos invadidos por una sedante melancolía.

Si en aquel momento una voz a nuestro oído nos dice que ese sendero de espuma no es más que un simple salto de agua; que siendo el desnivel de 1,20 metros, y el caudal medio del Tajo de 30 metros cúbicos por segundo, podrían captarse en él 360 H. P., nuestro estado emocional sufre tal desquiciamiento, que abominamos de una ciencia que ahoga nuestros sueños en la vulgaridad banal de unas cifras sin alma.

El encanto se ha roto. La realidad nos vuelve a la prosa de la vida y todos los lirismos sentidos no son capaces de hacernos olvidar que es la hora de la cena y que estamos muy lejos de la Ciudad. Renegamos de encontrarnos dando tumbos por un escarpado que destroza nuestros pies, y echamos de menos una pista

asfaltada por donde pudiéramos deslizarnos, rauda y suavemente en nuestro auto.

Pero hé aquí que medido ese salto de agua nos encontramos sentados ante nuestra mesa de trabajo, entregados al estudio de su aprovechamiento. Va nuestro pensamiento recorriendo, explorando febrilmente todos los recovecos de nuestra memoria, todas las reconditeces de nuestro caudal de ciencia, haciendo un índice de nuestros conocimientos para asentar en ellos la base de nuestro trabajo. Pasan en sucesión atropellada verdades y conceptos, principios elementales, teorías compuestas, todas las especulaciones del espíritu que forman el conjunto eslabonado de las ciencias matemáticas. Desde esa abstracción primaria y fundamental que es el número, ascendemos por las ideas de figura y posición para asombrarnos ante la imponente belleza de ese mundo irreal de las fuerzas y los movimientos. Sujetamos nuestra imaginación que se espande vertiginosamente por entre las altas concepciones, para plegarnos a las exigencias de las aplicaciones concretas; y en el empeño nos valemos de esos poderosos frenos que son un logaritmo, una integral definida, una función transcendente. Nuestra intuición nos guía por el laberinto de cálculos que ha ido amontonando nuestra pluma en las albas cuartillas, para sorprendernos ante la energía potencial que encierran esas gotas de agua, que, obedeciendo a las inmutables leyes, saltan juguetonas, bordando el encaje de espuma que adorna la corriente. Nuestro lápiz va trazando líneas, perfiles, curvas de sondeo. Como un titán, va abriendo canales, construyendo presas, levantando edificios; va colocando en ellos turbinas y dinamos, y aquella energía tan poderosa como ciega, desconocida, extraviada, queda así sujeta a nuestra voluntad, oprimida, obligada a ir donde queramos por los cauces de unos hilos de cobre tendidos al viento; de tal modo que cuando luego se hace luz, es como un signo glorioso del vencimiento de la materia por la fuerza suprema del espíritu.

En esta lucha ideal, tan atractiva, tan seductora, siéntese la misma emoción estética que ante cualquier otra manifestación de belleza, y sólo depende el advertirla de nuestra sensibilidad. No hay razón para que el Arte desdeñe su alianza con la Ciencia, y quienes los definen como incompatibles son gente sin corazón.

Siguiendo el hilo de nuestras divagaciones, cortados por este paréntesis innecesario, advertiremos que en ese esquema de arte moderno que hemos trazado, nos falta todavía la pincelada más interesante, la que mejor caracteriza, tal vez, la dirección estética que siguen en la actualidad nuestros gustos. Nada hay, en efecto, tan sencillo, tan sobrio, de tan rápida comprensión como la línea en las modas femeninas. Trajes ligeros, rectos de telas suaves y movibles, atrevidos de color, atrevidos de forma, para realzar los encantos naturales, cuyo atisbo consienten de modo generoso. La mujer moderna exige que su traje le permita la marcha rápida, el trabajo cómodo y la práctica de los deportes. Su calzado va siendo ya propio para andar; sus medias sutiles, al parecer incoloras o de tonos muy suaves, contribuyen, con los vestidos cortos, a la higiene más rigurosa; y sus cabezas, sin aquellos complicadísimos monumentos capilares, que no hace mucho admirábamos todavía, están más ágiles y sueltas y propicias para discurrir: todo ello también rápido, gracioso, ligero, a tono con los tiempos. (Lo único que permanece en el clasicismo más contumaz son las cuentas de las modistas).

A tono con los tiempos y con las costumbres: también ligeras, despreocupadas, dando a todas sus manifestaciones la importancia que tienen, pero no más. Hoy se dice que están relajadas, pero allá los moralistas que las condenen. Como yo no lo soy, encuentro en ellas una claridad admirable, más diafanidad que en otros tiempos, en que las transgresiones eran las mismas, sólo que encubiertas. Hoy se vive a la vista de todos, con los menores disimulos, y somos, por lo tanto, más sinceros.

La vida, pues, lleva el camino que ella misma se impone, y es inútil ponerla diques, ni aun en nombre de los más altos principios. Nuestra ciudad no puede sustraerse a esta influencia de los tiempos, y cuanto quisiera hacerse por paralizar su marcha, además de cometer un atentado de ciudadanía, sería un esfuerzo estéril.

Nuestros dogmáticos (ya hemos convenido en que así designaremos a los tipistas) quisieran que Toledo conservara todas las características, por lo menos, de nuestro siglo de oro, y ya se advierte lo primero, cómo pudiéramos otorgar diversos grados de tipismo según la época que hubiera de prevalecer. Porque entre la civilización cristiana y la sarracena, entre el arte gótico y el mudéjar, entre las costumbres caballerescas del siglo XVI

y las decadentes del XVIII, hay tales diferencias y tan determinadas, que no es posible imaginar un patrón que comprenda todo. Concentradas, sin embargo, las preferencias muy lógicamente en aquel siglo tan español, bien quisieran que nuestra vida se desarrollara como si la ciudad se hubiera estancado en él, si atender impulso alguno de progreso. Cerrada en el recinto de su muralla, que fuera como un gran museo.

Pero para que una ciudad pueda ser un museo puesto al servicio de sus visitantes, sin peligro de que el abandono de todos sus numerosos servicios y cuidados pueda ser causa de una ruina lenta pero continua, necesita forzosamente del tráfigo diario de la vida, con renovaciones, ampliaciones, adaptaciones a las mudables necesidades de sus habitantes, y éstos no se avienen a renunciar a la misma libertad que tuvieron, para establecer las normas de sus costumbres, esos antecesores nuestros a quienes admiramos y tratamos de recordar. Es un círculo del que no se puede salir por mucha voluntad que se ponga en ello, como no caigamos en el ridículo o en un feroz mercantilismo.

* *

En el ridículo; porque figuráos que nuestra ciudad vive en estos momentos su vida del siglo XVI. Vedme a mí—y me arriesgo yo a servir de maniquí porque no se dé por aludido, y se ofenda, alguno de nuestros tipistas más representativos—; vedme a mí, digo, bajo los soportales de Zocodover, en una clara mañana invernal, haciendo resonar, al compás de mis pasos, mis espuelas de plata. Faufarrón mi aire de perdonavidas, me embozo en mi capa de buen paño veinticuatreño, colorada con vueltas blancas, llevando alta mi espada, que labró Jusepe de la Hera, el Mozo, para que se puedan admirar mis altas botas de ante y adivinar mis gregüescos acuchillados. Miro mi anacrónico reloj de pulsera, bien disimulado bajo el encaje de mis puños, y veo que va pasada media hora de las once; ábrome paso por entre pícaros y sopistas, cuadrilleros y rufianes, y me dirijo a una dama que, sonriente, solicita de mí un apoyo que, por mi turno, estoy obligado a prestar. Mi chambergo barre solemne el suelo con su pluma azul; mi mano enguantada toma la suya, desnuda y temblorosa: es una turista inglesa, espigada y présbita, que descende del auto con su kodak en bandolera y el Baedeker bajo el brazo.

Tras el saludo bilingüe y macarrónico, y mientras conseguimos atemperar mis pasos, de elegante cadencia, con sus largas zancadas, ella me muestra su admiración por retrotraer su existencia cuatro siglos, y yo voy señalándole las bellezas del Zocodover, y me esfuerzo en que comprenda cómo eran las justas y los torneos y los autos de fe que en la gran plaza se celebraban. Subiendo al Alcázar me cuenta que es hija de un pastor protestante, casada con un comerciante de gorras de Manchester, y que ha venido a España desde Inglaterra por exigencia de su espíritu, ávido de emociones. Ante la grandeza de la mansión de Carlos V muéstrase absorta, y el panorama de la Vega, desde la explanada, la hace prorrumpir en gritos inarticulados. Siente curiosidad por conocer cuántas yardas de altura tienen las torres, y como es detalle que no he previsto, no sé lo que la digo.

Siguiendo la ruta obligada para turistas de tercera clase, descendemos por el Arco de la Sangre para asombrarnos, y sobre todo, ante esa maravilla plateresca de Santa Cruz; tomamos un vaso de buen vino en el Mesón del Sevillano, bebemos agua en botijo y continuamos por la calle de las Armas, que en aquel momento, está en plena actividad. Todas las espaderías muestran a los transeuntes el rito de su trabajo.

Detenémonos ante la más famosa, y penetramos en su recinto renegrido por los humos. Me hace explicarle el proceso de fabricación de una espada—*the process of work*, que dice ella—y yo repito mi lección, con aire cansado de resignación mal contenida. «Aquí los forjadores, en sus fraguas de fuelle, van calentando »callos de herradura, que sueldan en el yunque, bien trabados »entre sí y bien espolvoreados de arena para evitarles la herrumbre. Forman así el alma de la espada, que queda aprisionada »entre dos tejas de hierro de Vera, y el todo, lo estiran los macheros al blanco soldante cuidando que de cinco partes de su largo »sólo se caldeen cuatro, y dan la puntada, que ha de quedar bien »recta. Sigue el batido por partes, dejándole ventajas, y su encaje »en la regla de medidas. Hácenle luego la espiga, destájanla y »pasa la hoja al templador que es el oficiente más insigne, el que »dá al taller todo el esplendor de su nombre, amasado por cuatro generaciones: la del viejo, la del mozo, la del nieto, la del »bisnieto; y en su fragua dá a la hoja un tono de cereza, un punto »de calda tan puntual y minucioso, que sólo sus ojos, por don de »la Providencia, puede precisarlo, sumerge la hoja, con lentitud

»reverencial, en un cubo de madera, lleno en sus tres partes de
»agua del Tajo, recién subida por las artes de Juanelo, fresca
»aunque no muy limpia; y cuando sale del baño sale ya con todo
»el prestigio de su estirpe gloriosa. El espadero la acaricia aún
»con su martillo en el yunque, golpeándola con tiento, hasta que-
»dar bien derecha; caliéntala de nuevo, para igualar su fortaleza
»en todos los puntos; comprueba con la alcaidilla el reseguído de
»sus lomos y la hace tomar curvas cerradas con su brazo des-
»nudo, comprobando, con el gesto heroico de un conquistador,
»que la hoja no se queda.

»Quítanle los amoladores las ventajas de la forja, abrillantán-
»dola los acicaladores, y la hoja, terminada ya, dispuesta está a
»montarse en las guarniciones afligranadas que artistas de pura
»escuela toledana imaginaron en sus ensueños. El cincel en sus
»manos es araña que va tejiendo los hilos de un encaje sutil, y la
»cazoleta parece un lindo pañuelo que una mujer pusiera para
»guarda amorosa de la mano. Lleva ya el perrillo de su marca,
»lleva ya el mote que es escudo de su prosapia, y se lanza a reco-
»rrer el mundo para que no haya caballero sobre la tierra que no
»asegure su honor con una espada española.»

Mi inglesa no comprende cómo yo me he puesto un poco pálido con el relato, a pesar de la costumbre, y seguimos calle abajo para volver nuestro espíritu unas centurias atrás y pasar bajo el arco de la Puerta del Sol y sentir ese pasmo mudéjar que es la mezquita de Bib-Al-Mardón, pudiendo ser al mismo tiempo la Ermita del Cristo de la Luz. Perdidos ya por el laberinto de callejas que suben hacia el centro de la ciudad, considero que ha llegado el momento más esperado de la visita. La mañana es clara y tibia. El sol inunda de luz este bello rincón del Cubillo y las Gaitanas y da tono señorial a sus piedras vetustas. Ha pasado una dama amiga, de almidonada gorguera, basquiña de paño canelado y manto de velarte, seguida de cerca por su dueña. Van acompañando a otro turista alemán, y yo las saludo ceremonioso. Acometo ahora la empresa de enamorar a mi compañera, que aguarda anhelante y curiosa los incidentes del arrebato.

Corrijo, con un movimiento gentil, la dirección de las guías de mi bigote enhiesto (y postizo, claro está), y mirando al cielo enternecido, voy declamando mi endecha de amor en versos atropellados, tomados de Fray Félix, del todo incomprensidos, si no fuera porque mi actitud es la que han tomado los enamorados

de todos los tiempos, en ocasión análoga. Muéstrase ella un poco esquivada, sin embargo, y pregúntame quién es la señora de mis pensamientos, con una voz temblorosa de celos algo inquietante. Pero la convenzo de que ella sola reina en mi alma, por lo menos hasta las seis de la tarde, que sale el tren en que ha de marcharse, hora en que termina mi obligación de guía sentimental.

La del yantar nos sorprende en amoroso coloquio, y penetramos en una hostería, donde nos sirven: a mí, el plato del día: salpicón de vaca y duelos y quebrantos, por ser sábado, y, para postre, cañutillos de suplicaciones; a ella: sopa de tortuga, alcahofas rellenas, lenguados en salsa de trufas, *roast-beef*, espárragos, carne asada con mermelada de ciruelas y no sé cuantas clases de compotas, porque sabido es que los ingleses no sienten nunca el casticismo ajeno, y menos para comer. El momento no es para poetizar y hablamos mucho de los intereses comunes a nuestros pueblos, del brillante porvenir que se abre al comercio de gorras, en estos tiempos tan democráticos en que el pantalón corto en los hombres y el pelo también corto en las mujeres (y advertimos la filosofía de esta coincidencia) van desterrando el uso del sombrero; del desarme de la marina de su país, siempre dejado para otro día, y mil asuntos más tan interesantes como éstos.

A hora conveniente póngome de nuevo en situación y continuamos nuestra visita. Tras la Catedral grandiosa, el Tránsito, la Casa del Greco, Santa María la Blanca, San Juan de los Reyes y cuando termina la ruta, mi compañera está traspuesta de tantas emociones.

Ya el crepúsculo va empapando de humedad gris cada encrucijada. Marchamos con prisa por calles empinadas, estrechas y resbaladizas. Cuando llegamos a Santo Domingo el Real hay un tono en nuestras voces tan cordial y tan efusivo que casi es lamentable resignarse a ver en todo esto una comedia reglamentada por nuestras Ordenanzas municipales. Pero hay que violentar las propias convicciones; hay que llegar hasta el fin. Conjúrola a que olvide su nombre, Lady Whirling, para tomar otro más conforme con el momento, y ella accede con entusiasmo. Se esfuerza en repetirlo porque no se le olvide nunca, y yo, trémulos los labios, la llamo sin cesar: Doña Mencía. Mi brazo petulante la arrastra, ceñido a su cintura, bajo el pórtico; por las puertas adinteladas llega hasta nosotros el blando susurro de las monjitas

que rezan su rosario, místicas esposas abrasadas en el amor divino; y en perfecta rima con el sitio y con la ocasión, comienzo yo también a musitar quejumbroso el madrigal eterno:

Ojos claros y serenos
Si del dulce mirar sois alabados...

sin que, para fortuna mía, me entienda del todo, porque no lo juzgara ironía cruel, ya que los suyos van abroquelados tras unas fuertes gafas de carey.

Salimos del rincón más evocador de Toledo y nos sumergimos en las sombras medrosas del cobertizo de Santa Clara. Observo con pena un gesto de repugnancia al cubrir su linda nariz y su boca de finos labios descoloridos con su amplio pañuelo, y redoblo mi galantería para desvirtuar la causa. Pocos pasos más y un hombre embozado, caballero sin duda, nos corta la salida, lanzando su reto al asegurar que la calle está tomada. Mi dama, que presiente la tragedia, se escuda en el valor de mi brazo; entre mi rival y yo se cruza un diálogo vivo y tajante, pero pronto son inútiles las palabras: dejo caer con gallardía mi capa y mi chambergo, y nuestras espadas se cruzan con rabia. Mi contrario tiene dura la mano, pero yo invoco con pasión el nombre de Doña Mencía, que, tras de mí, apenas si tiene aliento para contemplar la escena. Por fin, me tiro a fondo y llego al pecho de mi rival, que cae pesadamente al suelo profiriendo una maldición.

Por el extremo del Cobertizo aparece la Ronda, que esperaba tras de la esquina, y cuéstate trabajo abrimme paso por entre alguaciles y corchetes, para no dar con mis huesos en la Santa Hermandad. Volamos más que corremos, y llegamos al Zocodover cuando van saliendo ya los primeros autos que llevan a la estación los turistas del día. Llega el momento triste de la despedida. Ya en el coche, Lady Whirling pone discretamente en mi mano dos libras esterlinas y algunos chelines, pero yo rechazo la dádiva sin violencia. Le explico cómo mi trabajo del día es gratuito; cómo los toledanos nos hemos acomodado a esta vida artificial, en homenaje a nuestra ciudad; cómo nuestro único deseo es que el mundo entero pueda venir a admirar nuestras glorias pasadas, en el mismo mareo y con el mismo fondo en que ocurrieron; cómo nos prestamos a esta carnavalada continua para crédito de nuestro tipismo. Ella apenas si puede escucharme: ha arrancado

el auto y dá su pañuelo al viento, en despedida. Yo corro también, porque he de bajar a la Fábrica y es hora de salir el ómnibus. ¡*Good-bye my lady!* ¡Adiós!

* * *

No sé cómo pedir os perdón por esta bufonada tan impropia de la ocasión. He querido disimular con un poco de amenidad la falta de otros contenidos, sugerida por ese dogmatismo hermético que nos llevaría, si pudiera, a extremos tan grotescos como los imaginados. Pues aun tan absurdo tiene ya sus precedentes en el mundo.

Nuestros tipistas son gente de buena fe y no hay que temer de ellos más que la oposición platónica de sus ideales; no hay que pensar que caigan en el mercantilismo de esos pueblos holandeses, por ejemplo, que, bien lo sabéis, explotan su historia, sus costumbres pasadas y sus bellezas, no por exaltación de su amor patrio y de su arte, sino como medio único y cómodo de vivir sin trabajar. Cuando llegan los trenes o los vapores cargados de turistas, los pueblos son como vastos escenarios en que se estuviera representando «Molinos de viento», nuestra bellísima opereta. Sus habitantes se caracterizan con la indumentaria típica del país, y se ofrecen a los visitantes para que formen sus colecciones de fotografías, conforme a tarifa: modelo de viejo lobo de mar arreglando sus redes, tantos florines; pareja de novios pelando la pava a uno y otro lado de una barca encallada en la playa, tanto; y tanto por un cortejo nupcial; tanto por una fiesta familiar; y por simular un naufragio, un día de tempestad, tanto. Y así tienen resuelto el problema económico.

Es insospechable el partido que podríamos sacar de Toledo si nos decidiéramos a una explotación semejante. Perderíamos nuestra reputación de gentes serias y equilibradas, pero nos acreditaríamos de prácticos. Este pudiera ser, tal vez, el lazo de unión entre nuestros tipistas y..... los otros, entre dogmáticos y escépticos, porque los segundos encontrarían tolerable que se les hablara de arte, sacrificarían un poco el derecho de hacer con lo que es suyo lo que les venga en gana, en aras de un mejor provecho.

Observo ahora que ese calificativo de escépticos les es muy favorable. Porque no dudan, niegan; son espectadores pasivos,

pero mientras no se les ataca el bolsillo; no admiten obligaciones en nombre del Arte, como no vean en seguida la compensación; no comprenden más arte que el de la pantalla del cine, que les cuesta poco dinero, y el de ciertos cultivadores del mal teatro, que les proporciona también una risa, si no barata, fácil.

Nuestros escépticos fueron, generalmente, gentes necesitadas en sus principios que, explotando el vivir de la ciudad, por procedimientos no muy limpios a veces, llegaron a imponernos la pesadumbre de su derecho a disponer de lo que han hecho suyo. Pero olvidan con ingratitud que si les es posible envanecerse de su riqueza y ampararse en su derecho para retenerla, lo deben exclusivamente a las posibilidades de la ciudad, que no tienen mejor fundamento que el prestigio glorioso de este inmaculado nombre de Toledo.

Pero el prestigio de nuestra ciudad no está en poder mostrar al viajero grandes avenidas rectas y asfaltadas, parques frondosos, edificios monumentales, teatros suntuosos, hoteles de lujo, almacenes espléndidos, nada de lo que constituye la característica de una ciudad moderna. Si su nombre va con reverencia de boca en boca por todos los ámbitos del mundo, es porque se puede leer en sus piedras veinte siglos de una historia gloriosa, porque se puede admirar en sus recintos las huellas de tres civilizaciones, porque es refugio de arte, de arte puro, sin mezclas de utilitarismo alguno.

Nos debemos, pues, a nuestra ciudad por entero. Si el mundo se salva, no será por los materialistas, sino por los que todo lo posponen a los sanos goces del espíritu. Olvidan los materialistas en su ceguera, que no hay paso en el progreso del mundo que no haya sido impulsado por una fuerza espiritual, aunque la consecuencia del avance haya sido, en provecho de aquéllos, una satisfacción de la materia. El hombre no llegará a la plenitud de su misión sino cuando haya agotado todas las potencias de su alma; pero antes necesita alimentarlas: para su facultad de sentir habrá, pues, que proporcionarle emociones puras.

Cualquier propósito de negárselas es como un atentado espiritual, más odioso que los movidos por el crimen, fruto siempre de la obcecación de las pasiones. Nuestra voluntad debe esforzarse en mantener limpias las fuentes de emoción, que ya la vida se encarga por sí misma de enturbiarlas con esa aridez de su prosa, empeñada en despertarnos de los bellos sueños.

Nuestros materialistas, nuestros escépticos, harán bien en contener sus apetitos, en someterse al dominio espiritual de la Ciudad, bajo cuya protección medran como homenaje de agradecimiento que le deben. La lista es muy conocida y demasiado larga. Uno levanta una casa de una cursilería chocante en cualquier capital de tercer orden, para romper la armonía de la plaza bellísima; otro rasga un balcón del siglo XIV, para colocar un mirador que apenas si tiene que mirar; éste pinta su fachada imitando piedra, y hace una caricatura del churriguerismo; aquél rompe un ajimez para convertirlo en una ventana de cuarterones; y hay quien adosa al triple ábside mudójar de una iglesia interesantísima, el cajón sucio de una verdulería; quien desvía la atención de una hornacina venerable con un escaparate de garbanzos; quien, en fin, rompe la poesía del encantador rincón con un absurdo tubo de chimenea.

Y nada diremos de esos hilos que, como tendedero de lavadero público, cruzan mil veces la calle, como prueba de nuestra burda instalación de alumbrado; ni de los tabernuchos que se ofrecen al viajero ante las puertas de la Ciudad; ni de ese poyete del patio de la Puerta de Bisagra, lleno siempre de bárbaras corambres de vino que esperan la decisión de los ex consumidores; ni de los pestilentes receptores situados en puntos que solicitan una atención detenida; ni de la ausencia total de nuestros rejeros y nuestros ceramistas en la ornamentación de las calles; ni de esas miserables casas, miserables por su mal gusto, salpicadas aquí y allá, donde mejor pueden estorbar una perspectiva; ni de las que mal se conservan adheridas a nuestras murallas y a los muros venerados de nuestra Catedral; ni de esos vertederos de inmundicias que rompen la belleza de los escarpados flancos de la cortadura del río; ni de esa falta, finalmente, de jardines, de fuentes, de bancos, que inviten a reposar en nuestras placitas recoletas.

Y todo ello en nombre de la libertad, del derecho de propiedad intangible, base de la sociedad moderna. Sí; pero en una población moderna como Madrid, como Barcelona, como San Sebastián, son sus habitantes los que sostienen el rango, son los contribuyentes los que costean de su bolsillo el atractivo que pueda ejercer sobre el viajero, y su propiedad es realmente suya, puesto que la pagan. Pero en Toledo es la Ciudad, por el contenido de su arte, por la conservación de su carácter, la que, por el

contrario, da el prestigio; la que atrae por sí misma la curiosidad de las gentes. Nuestros contribuyentes no contribuyen a nada, a nada de lo que constituye esa atracción, se benefician de ella; y lo menos que pueden hacer es respetar la propiedad de la ciudad. No se puede disponer de un ajimez, de una portada artística ni de una alineación determinada que forman parte del tesoro de la ciudad, y que sólo se dispone de ello a título de usufructuario; su valor es además relativo y necesita de su reconocimiento, en cuanto que es obra de arte, para que lo tenga. Es decir, que su destrucción o puede ser inútil o puede obedecer a un mal instinto: en ambos casos, es un signo de que no siempre es una atrocidad decir que la propiedad es un robo.

Que esa libertad de disponer de lo que se cree propio debiera tener un límite, es cosa que todos creemos menos los interesados, naturalmente; pero lo difícil es encontrar el poder coercitivo que les obligue a no trasponerlo. No vamos a dar aquí normas que no nos incumben, pero sí volveremos a nuestra afirmación inicial: los toledanos carecemos de sentido estético, porque si lo tuviéramos no habría problema de limitaciones; cada uno obraría siempre conforme a sus deberes para con la Ciudad.

Y el problema no es de cultura más que a medias. La percepción de lo bello es una facultad del alma que, lo mismo que no es sensual ni ética, tampoco es intelectual; la conservación de lo bello en beneficio de uno mismo y de los demás, sí que es de cultura, y en esto salen mal parados nuestros escépticos, porque no es la masa popular la que atenta contra los fueros de la belleza, porque no posee nada y va a donde la lleven, sino las clases elevadas, las dirigentes. ¡Menguados ellos que, teniendo por obligación ser cultos, no lo son!

*
* *

Seguro que ninguno ha pasado hoy el umbral de esa puerta. Si alguno me oyera diría tal vez que era desconcertado cuanto vengo diciendo, porque hay contradicción entre mis ideas modernas, mis opiniones modernas sobre el Arte y la vida, y la repulsa que hago de sus procedimientos. Me adelanto a la impugnación, pero es inútil para los que me escuchan, porque ya os habréis percatado de que entre su pensamiento y el mío hay esa diferencia tan considerable que va de la libertad al libertinaje.

En eso estriba el eclecticismo que he señalado como base de un tercer partido que considero más fecundo que los otros dos: en saber armonizar las exigencias, las necesidades de la vida moderna con ese deber de conservar lo que caracteriza a la Ciudad, lo que es propiedad peculiar suya.

¿Que es difícil? Sí, mas no imposible. Y quien con arreglo a tal criterio sepa cuando hay que sacrificar una comodidad y cuando hay que sacrificar al Arte, merecerá bien de la Ciudad; pero habrá pocas ocasiones en que se necesite sacrificar nada, porque todo podrá acordarse.

No se olvida nunca el contraste percibido, visitando Roma, entre la admiración contemplativa del Coliseo y la campana de un tranvía que, cercano, marcha por la Vía Apia. Parece esto una profanación, que impone la cualidad de ciudad moderna de la que Roma, con más motivo que Toledo, no puede desprenderse; pero en este caso se ha sacrificado el Arte y la sugestión, y se han sacrificado con cierta complacencia, porque el tranvía populariza y extiende la visita. El Foro encuéntrase aislado, pero aun así, si se contempla desde el Arco de Tito se tendrá como fondo construcciones modernas, que, si llaman la atención, es para reñegar de ellas, porque carecen del menor rasgo de belleza. Esto es, dicho groseramente: en todas partes cuecen habas.

Un escéptico dirá que cualquier espectador que tenga educado su sentido estético sabrá apartar de su emoción estas llamadas de la realidad; pero no convendrá abusar de ello. Roma, siempre que le hace falta, para mantener su fuero de capital de una nación progresiva, prescinde de su historia, y traza una gran vía o abre una gran plaza allí donde le es necesario. Aunque la verdad es que compensa el estrago acumulando arte en sus edificios, en sus monumentos nuevos; y unas veces no desentonan de los viejos, y otras sí.

Mejor se observa el cuidado de que no desentonen en Nuremberg; la que por el parecido de su traza, por la antigüedad de su historia y por lo evocador de su ambiente, es conocida por la Toledo alemana.

La ciudad vieja se encierra en su muralla y conserva del modo más exquisito su carácter medieval. Pero sin perdonar ninguna de las comodidades que proporciona y precisa el vivir moderno: calles asfaltadas, aunque tortuosas, almacenes, grandes hoteles, pero con una persistencia estética tan admirable que, salvo con-

tadas ocasiones, no se advierte diferencia alguna entre la ciudad del siglo XIV y la de nuestros días. Salvo contadas ocasiones; porque también hay trozos de calles modernísimas, amplias y suroadas por líneas de tranvías. Su expansión necesaria, la ha conseguido prolongándose más allá de sus murallas, constituyendo una soberbia población con los caracteres de las grandes urbes alemanas: arquitectura sobria, calles rectas, limpísimas, abundancia de árboles, perfecta distribución de estatuas y monumentos y un lujo en la instalación del alumbrado que sorprende. Y aún cuenta con una zona industrial de las más importantes.

Le falta mucho a Toledo para parecérsele íntegramente, y bastará que cite un detalle. Cierra la ciudad, como digo, una doble muralla de torres y baluartes, y la rodea un ancho foso cuyo fondo es un delicioso paseo, enmarcado en jardines frondosos, colgados de sus escarpas. Rocorriéndolo, es inevitable la comparación dolorosa: no se concibe que Toledo tuviera un foso semejante sin que estuviera lleno de escombros, de inmundicias y de botes vacíos de conservas. Claro es que Nurenberg es una población rica, y Toledo una población pobre; Nurenberg es una de las poblaciones más cultas de Europa, y Toledo sufre el retraso cultural de toda España y, además, su indolencia, propia, de la absorción que sobre ella ejerce Madrid; y son causas bastantes para reconocer la superioridad de la ciudad bávara, no obstante tener Toledo incomparablemente mejor patrimonio artístico y más fuerza evocadora.

Decimos que en Nurenberg, por lo que respecta a la ciudad antigua, hay perfecta armonía entre exigencias modernas y conservación del carácter, sin tener que sacrificar nada. Es que se resiste uno a admitir que pueda haber incompatibilidad entre que una casa tenga las cualidades que requieren nuestra comodidad y nuestra higiene, y que, al mismo tiempo, conserve en su fachada (único elemento que hay que acomodar) los signos característicos de nuestras viejas arquitecturas, a tono con las que le rodean.

Y que, si bien es difícil, no es imposible, nos lo prueba nuestra bella estación del ferrocarril: edificio que por la modernidad de su destino, y sus necesidades especiales, pudiera haber sido una obra arquitectónica hecha al gusto moderno, sin que nos hubiera sido difícil resignarnos, sin que hubiéramos tenido derecho de recusarla; y sin embargo, la discreta adaptación del estilo

mudéjar, ha dado un conjunto que es un buen principio de admirar Toledo.

Hay en Madrid una casa, que no habrá escapado a vuestra observación, ejemplo terminante de esta posibilidad, sólo que al revés. En el centro mismo de la actividad madrileña, en el comienzo del segundo trozo de la Carrera de San Jerónimo, próxima a la lindísima plaza de Canalejas, álzase una casa de puro estilo español, como un palacio del siglo XVIII. Fábrica de gruesos ladrillos, balcones voladizos con gruesos barrotes y esferas doradas, y en lo alto una magnífica solana, de ricas maderas, y como elementos decorativos, conchas y cerámicas insignes de Zuloaga. Es un alarde arquitectónico depurado, felizmente concebido, que no extraña en aquel trozo del Madrid restaurado, capaz de unirse, en admiración de estilos tan distintos, con las dos casas fronteras, de traza modernísima, sin transición brusca.

Sin conocer la casa puede asegurarse que no se echará de menos en ella ningún detalle que atente a la comodidad interior. Y no hay razón para que no sea así. Los que en Toledo han preferido a ese estilo tan nuestro, tan español, de los huecos asimétricos, aleros salientes, ventanas bajas con rejas bien repujadas, motivos de cerámica y enlucidos lisos de color de oro; los que no han sabido conservar nuestra tradición de los patios floridos; los que han renunciado a esas solanas altas tan caseras y a esas imágenes familiares en cerámica toledana, en favor de ese estilo universal de fachadas cuadrículadas, monótonas, sin gracia y sin belleza alguna, que no intenten justificarse con las exigencias de la vida moderna, con la comodidad y con la higiene, para encubrir la causa verdadera: el afán de imponer su ignorancia y su mal gusto con la fuerza de su dinero, amparados en un derecho que ya va siendo hora de que se les niegue.

*
**

Nadie puede defender tampoco una inalterabilidad absoluta en la constitución de la Ciudad. Ya hemos dicho que debe llevarse a buen término cualquier modificación que exija la vida actual y sólo cabe discutir bien y serenamente, la necesidad de esa modificación. Pero es que también en nombre del Arte mismo, hay mucho que variar, mucho que destruir, para que la ciudad se presente a la admiración extraña libre de fealdades. Nadie puede

oponerse a dejar libres de casas adheridas los muros exteriores de la Catedral y los lienzos de murallas que se conservan; ni a que se pueblen de árboles los rodaderos, ni a que se despejen ni agranden algunas plazas, reduciendo a escombros las casas que sin tener mérito alguno, lo estorban: casas viejas y no antiguas, sin carácter ni belleza. Nadie puede oponerse a trazar nuevos jardines (después de tener bien atendidos los actuales, claro está) jardines con nuestro estilo propio, un poco rebelde, opuesto al jardín geométrico, y a que se adornen con motivos ligeros de cerámica y de hierro repujado: esos dos toques de buen gusto que, siendo de abolengo tan toledano, no se prodigan en la ciudad tanto como debieran.

Muy fácil decir es esto; muy fácil es concebir un Toledo ideal, que conservando su aspecto actual y su evocador carácter, ganara mucho en belleza; pero muy difícil, imposible es hacerlo realidad, porque es la obra del abandono de cien generaciones. Pero puede ser un programa; es, como sabéis, el programa de estos hombres honrados que ahora atienden a la ordenación de la Ciudad, y mientras se encuentra el medio de desenvolverlo, nos contentaremos con ir renovando lo asequible.

Un elemento de la mayor importancia que urge poner a tono con la Ciudad es su alumbrado público. El actual es absurdo, anárquico, no se somete ni a la más elemental norma estética, como si en vez de servir a una ciudad de arte alumbrara a un pueblo olvidado. Desdeñando totalmente los fueros de la ciudad, cruzan sus hilos las calles cuantas veces lo requiere la impericia de su trazado, formando una maraña que se cierne amenazante sobre aquéllas, al mismo tiempo que las afea. Monumentos de tal valor, como la Puerta del Sol, que debieran ser verdaderamente intangibles, se ven escarnecidos por el paso de cables que se cuelgan en pobrísimas palomillas de madera, sustentando vulgares aisladores, y la luz de una triste bombilla con su tulipa blanca.

Los tripistas.....; perdón: los escépticos que sirven al mantenimiento de estas cosas se burlan de sus enemigos los dogmáticos, y les atribuyen la opinión de que mejor sería, para facilitar los sueños de esa gentecilla incivil que son los poetas, que Toledo se mantuviera a oscuras y que nos viéramos obligados, en obsequio a nuestro tipismo, a salir a la calle armados de linternas. No creo que nuestros dogmáticos exageren de ese modo. Yo, por mi parte, inundaría Toledo de luz, pero la distribuiría atenién-

dome a esos cánones que el sentido práctico, el buen sentido práctico, impone.

Porque el sentido verdaderamente práctico ordena que el alumbrado en la ciudad sea profuso en su centro comercial, montado sobre postes, ricos en ornamentación; discreto y suficiente en las calles retiradas, en aparatos artísticos, imitación de faroles antiguos, de hierro forjado y aplicaciones repujadas, con vidrios labrados, distinguiéndose los que señalen algunos edificios notables por su adaptación armónica. Y sin que los hilos puedan distinguirse, bajo los aleros, siguiendo las cornisas.

El alumbrado puede favorecer la evocación del carácter antiguo cuanto más se empleen los medios modernos. Imagináos la Puerta del Sol iluminada por proyectores que la envían una luz suave, de abajo arriba, para hacer resaltar sus arcos apuntados, sus arquerías arábicas, sus matacanes; que proyecte con violencia sobre su torreón la sombra de sus canecillos, y que llegue velada a las almenas de su adarve, en tanto que sus ventanas se iluminan desde el interior con una dulce luz de tonos pálidos. Imagináos la Ermita del Cristo de la Luz, que recibe de lleno el haz de un proyector potente, para destacar toda la filigrana de sus ajimeces y de su cartela. Imagináos la maravillosa imafrente de la Catedral, también inundada de chorros de luz, que realcen, con sus juegos de sombras, ese sueño de piedra que es la Puerta del Perdón; y la alta torre como una antorcha de fuego. Imagináos ese encantado rincón de San Juan de la Penitencia, tenuemente alumbrado por un solo farol, joya de nuestras artes del hierro, colgado ante la hornacina del Santo, dejando en la penumbra la amable placeta. Imagináos esa armoniosa fachada de Santa Cruz que recibe el haz suavísimo de una luz violeta para adivinar el bordado de sus entalles y labores, y apenas distinguir la fantasía loca de sus ventanas. Imagináos, en fin, ese retiro de honda poesía que es Santo Domingo el Real iluminado..... ¡No; Santo Domingo el Real no merece ser iluminado más que por la luna!

Imagináos todo esto y mucho más, fácilmente sugerible, y decidme si una instalación de alumbrado hecha con cariño y arte no haría resaltar el valor de Toledo, contribuyendo a un modo de admiración atrayente. Tampoco podría conseguirse la renovación de un modo inmediato, pero pudiera formar parte de ese programa con carácter de apremio, porque lo que no puede subsistir es el sistema actual.

Como no debieran, en cambio, subsistir tampoco esos entorpecimientos opuestos al normal desarrollo de la Ciudad que se fundamentan en opiniones exageradas. Ese puente sobre el Tajo, por el que suspiramos desde hace tanto tiempo, no puede negáronos en nombre del Arte y de la conservación de su carácter histórico. Repitamos los conceptos: discútase si es conveniente o no ese puente, y si la necesidad es evidente, como lo es, hágase el puente. Discútase si es imprescindible que esté aguas arriba o aguas abajo del de Alcántara, en sitio visible o escondido, y si se demuestra que su racional empleo obliga a colocarlo aguas arriba, colóquese aguas arriba.

Pero demostrada su necesidad y señalado el sitio, oblíguese a que el puente se haga con el arte preciso para que no desentone del conjunto, para que sea digno de la ciudad, lo cual no es imposible, ni mucho menos, porque tenemos artistas y tenemos artífices de más sensibilidad y mejores aptitudes que los de tiempos pasados, capaces de realizar los más altos empeños. Y en estas discusiones y en estas calificaciones oígame también la opinión de los que necesitan de ese puente, porque no pueden juzgar de su perentoriedad quienes no desenvuelven en Toledo sus actividades comunes, y vienen sólo un día, en descanso del tragar cortesano, a sentir la emoción bruja que aletea en sus recintos.

Todo es posible en el imperio del Arte. Ocurrirá tal vez que algún crítico, juzgando con severidad lo que se haya hecho, demuestre que no se ha conseguido del todo el estilo que mejor concuerde con la mezcla de estilos que forman el peculiar conjunto de la Ciudad, pero será un caso más de desacuerdo que tengamos, y podremos ser tolerantes con él, a cambio de que nos proporcione alguna emoción estética. El Transparente de Tomé en la girola de la Catedral es el desacuerdo más discutido, pero de tanta belleza, que nadie sería capaz de hacerse responsable de su desaparición. No se advierte qué colocación adecuada podría tener en Toledo el arte renovador de Victorio Macho, y yo quisiera ver sus obras en algunos de nuestros característicos rincones. Todo es posible en el imperio del Arte.

Exaltemos su culto como una obra de misericordia. Nuestra vida rápida, agobiante, enardecedora, mantiene el espíritu en una tensión que endurece el trato social, que desarmoniza nuestras relaciones, obligadas a mantenerse en planos materialistas. Pensemos que podremos rescatarnos a nosotros mismos en la paganía espiritual del amor a la Belleza, del deseo de los puros goces del Arte, y que para ello se nos entrega pródiga nuestra ciudad bienamada.

Toledo, 4 de diciembre de 1927.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN

DEL ACADÉMICO NUMERARIO

DON AGUSTÍN RODRÍGUEZ Y RODRÍGUEZ

SRES. ACADÉMICOS:

Por caso fortuito o por deliberado propósito, es hoy un sacerdote el encargado de dar el parabién al nuevo académico, que viene del campo de las armas. En España es ya tradicional la buena hermandad entre la Iglesia y el Ejército, entre la espada y la Cruz. Juntas han caminado éstas casi siempre en las vicisitudes de nuestra historia: la espada, defendiendo los fueros de la Religión y abriendo camino a los misioneros, y la Cruz, guiando en ocasiones al combate, campeando sobre los pendones como emblema de justicia, consagrando sacrificios heroicos y despertando supremas esperanzas en los que morían puesto el pensamiento en la Patria, simbolizada en la bandera, y puesto el pensamiento en Aquel que en la Cruz dió su vida para redención del humano linaje.

El mismo día elegido para esta recepción me hace más grato el cumplimiento de este deber; pues si el cuerpo de Artillería, a que pertenece nuestro compañero, celebra hoy la fiesta de su patrona, Santa Bárbara, este nombre es también para mí evocación de dulces cariños familiares.

Fácil sería mi tarea si sólo se me hubiese encomendado dar la bienvenida al nuevo académico; pero el ritual pide que en estos casos se haga la presentación del recipiendario, y aquí comienzan mis apuros, no por falta de méritos de éste, sino por exceso de modestia suya y por desmaña y falta de habilidad mías.

Con decir que el Sr. Serichol pertenece al cuerpo de Artillería, todos habéis inferido ya que es persona de gran cultura, y si añadido que, dentro de ese cuerpo, es comandante, adivinaréis ya una larga serie de servicios prestados a la Patria. Los siete años que sirvió en Marruecos, la campaña de Tetuán de 1915 a 1917

en que intervino y las cinco cruces del Mérito Militar que ostenta sobre su pecho, pruebas son de que no ha considerado el uniforme como puro ornato decorativo, sino como emblema de una vida de actividad y de sacrificio.

De los cuatro años que ha estado en la Fábrica de Armas quedará como perpetuo recuerdo una nueva fabricación: la de espoletas, para lo cual le ha sido preciso montar varios talleres, que a la vez que pregonan la competencia científica del señor Serichol, son testimonio de perseverante amor al trabajo diario, constante, silencioso, que huye de exhibiciones, sacrifica lo vistoso a lo útil y con abnegada paciencia aporta cada día su contribución al engrandecimiento de la Patria, que en este caso es también el engrandecimiento de Toledo.

Pero nunca las armas estuvieron reñidas con las letras, antes nuestra historia literaria registra larga serie de autores que supieron coronar su frente con los laureles de la victoria, ganados en los campos de batalla, y con esotros que se conquistan en el campo, más pacífico, de las letras. El nuevo académico es también un cultivador de las letras. Lo demostró en no pocos artículos periodísticos dedicados al «Quijote», y en la revista profesional, de merecida fama, «El Memorial del Arma de Infantería». De sus aptitudes de polemista guarda, sin duda, recuerdo cierto compañero suyo que, tráfuga del Ejército, ingresó en las filas del socialismo, y, para cohonestar de algún modo su deserción, se creyó en el caso de injuriar al mismo Ejército en que poco antes había militado.

Pero si no bastara lo dicho, ahí está el discurso que acabáis de escuchar. Yo no puedo suscribir todas las afirmaciones del autor; en el orden doctrinal hay algunas que, a mi juicio, piden reservas; tampoco comparto su admiración hacia autores que si en el orden religioso-moral profesan y enseñan ideas inadmisibles, en el orden puramente literario han alcanzado, por circunstancias varias, un crédito superior a sus méritos y una opinión que la posteridad, según yo creo, no confirmará. Mas no por esto deja de mostrar el Sr. Serichol cualidades excelentes de literato, que ha sabido conquistar vuestra atención con su agilidad en el discurrir, con su brillante imaginación, con su estilo transparente y fácil, de abundante léxico y coloreado de expresivas metáforas, con sus paradojas llenas de ingenio, y con su gracejo, en que retozan el donaire, la ironía y aun la caricatura.

El *Quijote* es el libro predilecto del Sr. Serichol. Nuestro nuevo compañero, según él mismo nos ha declarado, es un quijotista, no un cervantista. Le interesa el libro más que el autor. Y con razón, a mi juicio; porque si bien el libro de Cervantes es tal que sólo pudo ser escrito por un genio, todavía es cierto que la obra es muy superior a quien la escribió. Es que Cervantes no fué autor único del *Quijote*. Lo fué de otras muchas obras que apenas bastarían para darle un puesto de honor en la república literaria. En el *Quijote* tuvo por colaborador al pueblo español, a la vida española, al alma de España. Cuando esa colaboración le falta, su inspiración decae, su mismo estilo se amanca y hace conceptista, y su lenguaje es pobre de color y de vida. Pero apenas describe lo que sus ojos vieron, la vida que bullía en torno suyo, Cervantes vuelve a ser Cervantes, es decir, vuelve a ser genio. De ahí que el *Quijote*, que es el libro en que más colaboró con él el pueblo español, en todas sus clases sociales, es su obra cumbre.

Y del literato nació el artista. Del estudio y meditación del *Quijote* nació ese proyecto de monumento al Quijote, que, por ser conocido de todos, y por estar descrito en la conferencia que sobre este particular dió y después imprimió el autor, no voy a describir.

Yo no sé si ese monumento colosal llegará a levantarse un día en los campos de la Mancha; probable es que su misma grandiosidad sea sudario que lo envuelva en la tumba del olvido, a donde van a dormir eterno sueño muchas bellas ilusiones. Muy de temer es que el pueblo que ofreció a Cervantes los modelos para su obra, no tenga alientos para gastar 40 millones de pesetas en un monumento que simbolice los ideales caballerescos de Don Quijote, templados con el positivismo a ras de tierra de Sancho. Quizás algún descendiente de éste—pues, aunque la historia no lo diga, consta que los dejó numerosos—diga que con 40 millones se puede construir uno de los cuarenta ferrocarriles o carreteras que nos faltan. Por ventura alguno piense que el mejor monumento, el más expresivo, el más duradero, que se puede levantar al *Quijote*, es.... el *Quijote* mismo, el libro inmortal de Cervantes. Estas y otras objeciones podrían oponerse, y no sin fundamento, al proyecto de monumento ideado por el señor Serichol.

Mas lo que nadie podrá negar es la novedad de la invención,

la grandiosidad del proyecto—obra de artista y de ingeniero a la vez—y, sobre todo, la audacia innovadora con que el autor plantea el problema de cómo han de ser los monumentos conmemorativos, y de cómo el arte puede hermanarse con los progresos de la técnica constructiva.

Y esto nos lleva de la mano a glosar brevemente, según las circunstancias lo piden, las opiniones de nuestro nuevo compañero sobre el arte toledano, que no son, en parte, sino aplicación de sus ideas estéticas esbozadas ya en el citado proyecto de monumento al *Quijote*.

*
* *

Que en Toledo hay un problema artístico, es cosa patente y clara. Problema que ha salido ya de la categoría de asunto doméstico y se ha convertido casi en tema nacional. Por lo menos ha salido ya de nuestra ciudad, se discute en los periódicos de Madrid y en las Academias nacionales, y es materia de disposiciones gubernativas.

Bien es verdad que si de fuera nos vienen buenos consejos, no nos viene con ellos el dinero que sería preciso para dar solución a este problema en que, a menudo, se mezcla el arte puro con las impurezas de la realidad.

Los toledanos tenemos en mucho la estima que se hace de nuestro arte; pero creemos también que a nosotros, en primer término, corresponde el derecho y la gloria de defenderlo conforme a nuestras ideas y conveniencias y sin supeditar nuestro juicio al de los que, en una excursión dominguera, dejan rienda suelta a sus entusiasmos artísticos y nos improvisan lindos planes con ese desembarazo de quien no piensa ejecutarlos.

Culpables de ello somos los que aún no hemos sabido concertarnos acerca de un plan de acción, porque nos hallamos todavía en ese período que podemos llamar *lírico*, en que, con cánticos a nuestras glorias pasadas, ocultamos la falta de normas concretas de acción. Hora es ya de que vengamos a la práctica. Y puesto que todos los toledanos—sin esos aditamentos de *tipistas* o de *toledanistas*, que nada significan y para nada sirven—coincidimos en el amor de Toledo, demos de mano a todo lo que nos divide para ejecutar siquiera aquello en que vamos de acuerdo.

Exponer cada uno lealmente su opinión sobre este particular,

sin exclusivismos, sin intransigencias, sin agravio de nadie, con ánimo de concertar voluntades, no de separarlas, es un linaje de cooperación que no debemos regatear a Toledo.

*
* *

Para algunos todo el problema se cifra en una sola palabra: *conservar*. ¿Pero qué es lo que debemos conservar?

Todo lo existente, se ha escrito en letras de molde. No se toque ni una piedra ni un ladrillo. ¿Pero es que son dignas de tal honor esas cosas que el Sr. Serichol señalaba como merecedoras de una demolición urgente? ¿Son dignas de conservarse fachadas - y son las más—donde brilla toda la gama de los colores del iris, sin historia, sin belleza y sin tradición ninguna? Pues entonces venga esa verja que los amigos de frases hechas piden para Toledo. Venga esa declaración de todo Toledo de monumento nacional que algunos han pedido, sin advertir que piden la consagración de un siglo de desafueros artísticos, y que para resolver un problema lo complican y enmarañan.

Consérvese, dicen otros, todo lo antiguo. Pero no reparan en que la antigüedad es cosa relativa y que esta palabra, para que tenga un sentido preciso, necesita que se determinen los linderos entre lo antiguo y lo moderno. ¿Dónde pondremos ese límite? ¿Tan lejos, que sólo merezcan conservarse contados monumentos, o tan cerca que se dé por antiguo aun lo que hicieron las últimas generaciones?

Otros, usando una palabra que ha tenido alguna fortuna entre los poco amigos de esfuerzos mentales, han echado mano de la palabra *típico*, que ha venido a ser su único programa. *Consérvese, dicen, todo lo que es típico*. Pero típico es un aduar moro. Típicas, pintorescas, son muchas cosas de Toledo, que ninguna persona culta echaría de ménos.

Bien está, pues—y todos convenimos en ello—, el conservar; pero con discreción, lo que merezca ser conservado. Todo lo que sea manifestación de arte, por sencillo y rudimentario que parezca; todo lo que rememore nuestras glorias; todo lo que evoque una tradición digna de recuerdo; todo cuanto sugiera un sentimiento de belleza; todo, en resumen, cuanto tenga algún mérito artístico o arqueológico, en el sentido amplio que hoy se da a esta palabra, consérvese y defiéndase como un tesoro doblemente

querido, por ser tesoro y por ser heredado. Pero no se lleve la idolatría del arte hasta declarar intangibles edificios donde no queda ni una puerta característica, ni una reja digna de tal nombre, ni un alero o un saledizo que hagan pensar en lo pasado. No se nos vendan por dignos de conservarse lugares que no recuerdan sino hechos vulgarísimos o tradiciones que se dicen toledanas y que fueron inventadas por literatos de menor cuantía en las dos horas que tarda el tren de Madrid a Toledo; o parajes que nada dicen al común de los mortales, aunque se empeñen en decirnos que son muy poéticos y evocadores algunos soñadores románticos, de esos que hacen madrigales a la luna.....

Empeñarnos en conservar todo eso es el mejor camino para que todo vaya desapareciendo mientras perdemos el tiempo en discusiones bizantinas. Confundir en la misma admiración a lo que tiene mérito artístico o arqueológico y a lo que carece de ello, ni es cordura ni tiene eficacia para el fin que se intenta. Reduzcamos el campo de nuestra ambición y hagamos una selección razonable. Comiéncese —y me atrevo a brindar esta idea a nuestra Academia— por hacer un catálogo de todo cuanto parezca digno de conservarse, y aunemos después todos nuestros esfuerzos para defender, siquiera como programa mínimo, ese patrimonio histórico-artístico y para buscar medios de que, respetando los derechos que merezcan respetarse, pongamos a salvo de los atentados de la ignorancia o de la codicia esa herencia que, en algún sentido, podemos llamar colectiva, porque todos tenemos parte en ella.

Porque éste, señores, es otro problema que viene a complicar el ya difícil de la selección. Tiene sus fueros el arte, y los tiene también Toledo como colectividad social; pero los tiene asimismo la propiedad individual, y no será conforme a razón que con esa especie de socialismo artístico-arqueológico que algunos propugnan se haga pagar a precio demasiado caro el tener una casa en Toledo, y que en provecho de unos pocos que benefician el turismo y de los muchos que nos visitan, a veces más con espíritu de curiosidad que por verdadero amor del arte, pesen gabelas excesivamente onerosas sobre muchos toledanos que, no por ser amantes del arte, se ven dispensados de los duros apremios de la vida.....

Problemas son estos que no pueden resolverse a la ligera en la charla frívola de amenas tertulias, porque con frecuencia será

preciso hermanar intereses contrapuestos, y hay un punto en que se entrecruzan y confunden el arte puro y los intereses materiales, los goces estéticos y el código civil.

*
* *

¿Pero está ya hecho todo con conservar la herencia recibida? Pobre y mezquino programa sería éste. Podrá ser suficiente para un museo, no para una ciudad que vive y quiere vivir. Una ciudad-museo sería una ciudad-necrópolis, y Toledo, aunque no puede compararse en exuberancia de vida con otras ciudades, no es una ciudad muerte. Y una ciudad viva, por escasa que sea su energía vital, se renueva a la continua, a la manera que se renuevan sin cesar las células de nuestro organismo; sino que en la vida orgánica el tiempo se cuenta por días y por años, y en la vida de las ciudades se cuenta por siglos.

Con nuestras protestas o con nuestra aquiescencia, la renovación se hará y debe hacerse. Sí, debe hacerse, porque los toledanos de hoy no podemos allanarnos a que cuando nuestros sucesores lean la historia de Toledo grabada en sus monumentos—y para el caso el edificio más humilde es un monumento que revela una preocupación, un afán—se pregunten si los toledanos del siglo XX padecieron un eclipse de actividad, o como fakires de la India pasaron sus días en letárgico sopor. Debe hacerse, porque no queremos que en nosotros quede truncada nuestra historia. Debe hacerse, porque a los pueblos como a los individuos, cuando se detienen en su camino de progreso, les acecha ya la muerte. Debe hacerse, por último, porque mirar a lo pasado renunciando a imitar y emular y aun superar los ejemplos laudables que ese pasado nos ofrece es propio de pueblos en decadencia; que por algo las águilas imperiales de nuestro escudo miran una hacia atrás y otra hacia adelante, como para enseñarnos que otro tanto debemos hacer nosotros.

Y se hará la renovación, porque los toledanos de hoy, a través de las estrechas ventanas de nuestras casas, nos asomamos también al mundo; porque se transforman y renuevan muchas ideas y nacen nuevos gustos y la ciencia nos trae a diario nuevos progresos, a los cuales, aun los más amantes del arte, no queremos renunciar. Se hará, digo, la renovación, porque si llegase el caso—inverosímil desde luego—en que hubiese conflicto entre el

arte antiguo y las exigencias de la vida moderna, el instinto de conservación sacrificaría el arte antiguo como lo sacrificaron nuestros mayores, para sustituirle con un arte nuevo, que hoy es ya antiguo y blanco de nuestra admiración.

Muchas cosas típicas han ido desapareciendo así sin protesta de nadie. Cosa por extremo típica eran los aguadores de Toledo, pues en toda España se los tomaba como punto de comparación para expresar la abundancia de una cosa, y nadie les dedicó el tributo de una elegía cuando las cañerías nos trajeron el agua. Cosa típica eran las clásicas diligencias y todos preferimos viajar en tren o en automóvil. Quisieran muchos forasteros darse un paseo por nuestras calles sin más luz que la de la luna; pero a nosotros, los toledanos, nos sería gratisimo que todas las calles tuvieran luz suficiente para poder competir con la del astro de la noche. Unas calles bien asfaltadas desdecirían algún tanto del arcaísmo de Toledo; pero los más—y de esta misma opinión eran ya aquellos cortesanos de Carlos V, que decían pésetes de las calles de Toledo llenas de barro cuando llovía o nevaba—las preferiríamos al deplorable estado que hoy, como en tiempos de Carlos V, ofrece, por ejemplo, en los días de lluvia, la calle de más tráfico de Toledo, la que va de Zocodover a la Puerta de Visagra.

Hoy, señores, un balcón de cemento en Toledo es una provocación, un escándalo, una profanación abominable; pero quizás llegará día en que los progresos de la técnica constructiva impongan, aun en Toledo, el cemento como medio usual de construcción, y bien podrá ser que entonces veamos una torre de cemento armado al lado de la de la Catedral, y junto a este salón mudéjar un arrogante rascacielos.

Lo que importa, pues, no es detener la natural evolución, sino el encauzarla y dirigirla. Que los torrentes no se detienen con diques, sino que, o con embalses se los regula o con cauces adecuados se los desvía y utiliza. Eso mismo debemos hacer nosotros: moderar la corriente desenfundada del arte actual, que con harta frecuencia no tiene más ley que el capricho, encauzarlo, enderezarlo para que, en lugar de destruir lo antiguo, lo respete, y con la aportación de lo nuevo dé mayor realce a lo que ya existe.

Las más de las veces será posible hermanar el arte antiguo con los progresos de una ciudad civilizada; y el Sr. Serichol nos

ha mostrado cómo puede hacerse en muchos casos; su mismo proyecto de monumento al Quijote es una prueba de ello. Pero si, por caso inverosímil, fuese preciso optar entre el patrimonio artístico y las necesidades de la vida, sería preciso establecer una valoración puntual y resolver en consecuencia. Preclaro florón del arte toledano son sus murallas. Yo no sé si sería grave atentado abrir en ellas una puerta para desembarazar el paso por la puerta Visagra, harto estrecha para una ciudad del siglo XX.

Ignoro también si habrá otra solución más aceptable, pero ante el riesgo, más que posible, de que, con el continuo crecer del tráfico, un día muera atropellado por un auto uno de los centenares de niños que por ahí pasan a diario, yo no vacilaría en decir—si no hay otra solución—: perezcan unos metros de muralla y sálvese una vida.

Mas esto, repito, será la excepción; lo ordinario será que puedan concertarse el respeto del arte y las necesidades de la vida.

*
*
*

Pero aquí tocamos otro punto de importancia; y será ya el último de que me ocupe.

Puesto que la renovación es moralmente inevitable, ¿qué estilo ha de preferirse en Toledo?

La cuestión es tan compleja, que no puede resolverse en pocos instantes. Lo primero sería indagar si en Toledo tenemos un estilo de edificación propio, o, cuando menos, un estilo con modalidades características de nuestra ciudad, porque, siendo así, tendríamos ya señalada una orientación. Mas aun esto presupuesto, entiéndase que la labor de los arquitectos no habrá de ser de pura imitación, y mucho menos de copia servil, sino de adaptación, de evolución armónica. Las reconstrucciones arqueológicas son casi siempre frías y dan sensación de cosa muerta. Mérito del artista será adaptar los elementos del arte antiguo a las necesidades de los tiempos nuevos, recogiendo lo que en ese arte haya de vital y perenne, infundiéndole nueva savia, añadiéndola modalidades nuevas, que, sin saltos bruscos, sin amalgamas disonantes, sin acoplamientos anárquicos, enlace el hoy con el ayer, y continúe y lleve a perfección la obra de los artistas anteriores.

Sería preciso distinguir también entre edificaciones monumen-

tales y la sencilla vivienda, en la cual hay una tradición más definida: que es el uso de la mampostería y del ladrillo, con cuyo empleo logró variadísimos efectos la pericia de los alarifes toledanos. Y dicho va también que el hierro y la cerámica—industrias hoy, por ventura, restauradas—ayudarían, como ya indicó el Sr. Serichol, a obtener edificios de traza sobria y elegante.

Y no se objete que lo nuevo diría mal con lo antiguo, porque, fuera de que en el arte, cuando es arte verdadero, y no fruto de imaginaciones desatadas, como acaece en muchos edificios modernos de las grandes capitales, la variedad y el contraste son fuente de nueva belleza y de goce estético, el tiempo, que es destructor de estridencias, ennoblece luego lo que ahora es moderno con la aureola de una tradición y de una historia, y el sol y los agentes atmosféricos, dorando o ennegreciendo las piedras nuevas y flamantes, acaban por fundir en concierto y unidad lo que ahora parece desbarajuste y atrevimiento. Cuando al lado de la Catedral se levantó el Ayuntamiento y después el Palacio Arzobispal, probable es que los *tipistas* de entonces—si por acaso había alguno en Toledo—protestasen de que se rompiese la armonía con estilos tan diversos; lo cual no obsta para que hoy alabemos la severa majestad del conjunto que ofrecen esos edificios.

* * *

Y no quiero molestar ya más vuestra atención con consideraciones que parecerán ociosas, porque forzosamente han de ser repetición de las ideas que con tanta viveza, donosura y gracia ha expuesto el nuevo académico.

No he pretendido dar soluciones, sino puramente encarecer la importancia de este tema, de perenne actualidad en Toledo. De actualidad, digo, porque toca a la entraña misma de la vida de la ciudad. De actualidad, también, porque con haber sido tan discutido, poco se ha andado aún en el camino de la solución; si bien es de justicia reconocer que algo ha despertado la conciencia ciudadana, pues no sólo no son ya tan frecuentes los atentados contra el arte, sino que se observa en algunos propietarios de casas un loable deseo de acertar, que sería conveniente estimular con algún premio, o por lo menos con asesoramiento artístico, lo cual no sería difícil de conseguir si juntasen sus

esfuerzos las autoridades municipales, los artistas y las instituciones que tienen este fin inmediato.

Por dicha, señores, Toledo, con ser mucho lo que se ha destruído, desfigurado o exportado, conserva aún sobrado para enriquecer a varias ciudades. Tiene, en primer lugar, algo de que no podrán despojarla errores y desaciertos: la luz incomparable de su cielo, el ceño adusto de sus riscos, la sonrisa de sus vegas, la música perenne de su río, el trono de roca donde se asienta, los rincones de sus calles y, sobre todo, veinte siglos de historia—que es a la vez la historia de España—esculpidos en sus piedras.

Tiene, además, esos monumentos a quienes su grandeza misma preserva de viles atentados, porque si los toledanos nos olvidásemos tanto de lo que debemos a nuestro arte como los cometiésemos o los tolerásemos, hasta de los últimos rincones de España se levantarían voces condenatorias.

Pero además de esos monumentos cuyos nombres se escriben con letra mayúscula, tenemos otros, casi sin nombre y sin historia, que se cuentan por centenares: monumentos que podríamos llamar de arte menor, diseminados por toda la ciudad, dispersos por humildes plazuelas u oscuras callejuelas; pinceladas de este gran cuadro, notas de esta sublime sinfonía, fruto acumulado de muchas generaciones de oscuros artistas que no lograron el galardón de que su nombre quedara vinculado a su obra; monumentos que son más nuestros, porque son menos individuales, como nacidos al calor de un arte popular que, al cabo de los siglos, mejor aún que ese otro arte que podemos llamar aristocrático, palpita de vida y nos habla, con un lenguaje en que se mezcla la *fabla* primitiva con el decir clásico, de las inquietudes y afanes de aquellos que lo engendraron.

Y este arte, como más expuesto a ir desapareciendo lentamente, es el más necesitado de nuestra tutela y protección.

Mas esta protección no ha de esperarse únicamente de las leyes y reglamentos oficiales. Ha de ser obra de comprensión afectuosa, de cariño efusivo, de colaboración social, de cooperación y esfuerzo de los hijos de Toledo.

Lo cual no se conseguirá con líricos arrebatos y discursos elocuentes, sino con el estudio reposado y sereno, investigando la historia de nuestro arte y de nuestros artistas, valorando nuestros monumentos, fomentando la educación artística ya desde la

escuela y ese sentido estético de que, como habéis oído, carecemos los toledanos; aunque por ventura fuera más exacto decir que, por una hipersaturación de arte, lo tenemos adormecido; porque, si va a decir verdad, yo apenas acierto a entender que en este ambiente de arte haya un toledano que no lleve dentro de sí un artista, como no acertaría a entender que en este ambiente de luz y de poesía hubiese un balcón sin flores.

*
* *

Sean mis postreras palabras en este acto para reiterar mi parabién al nuevo compañero que hoy viene a compartir los trabajos de esta Real Academia. Su primera aportación ha sido su discurso de entrada. Detrás vendrán otros frutos de su ingenio y, en particular, la historia de la Fábrica de Armas, que sabemos tiene ya comonzada.

Sirva su preciada colaboración para enaltecér más y más el nombre de Toledo y para honor y prez de esta Real Academia.

A. Rodríguez.

Toledo, 4 de diciembre de 1927.



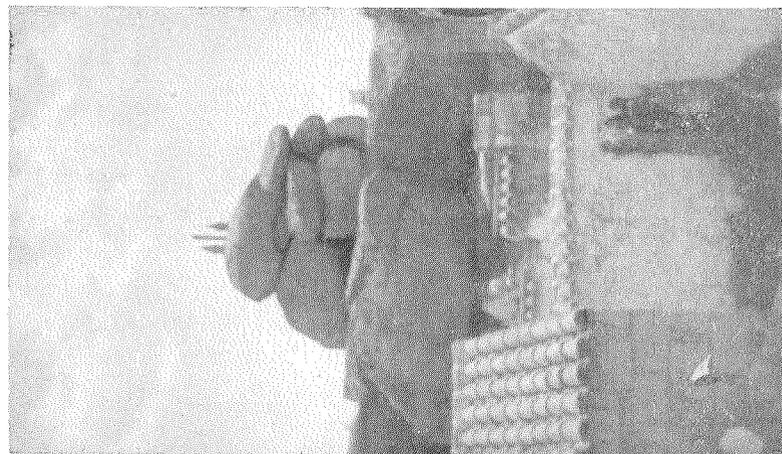
Detalle de algunas de las viviendas trogloditas de Ontigola.

(Cliché del autor.)



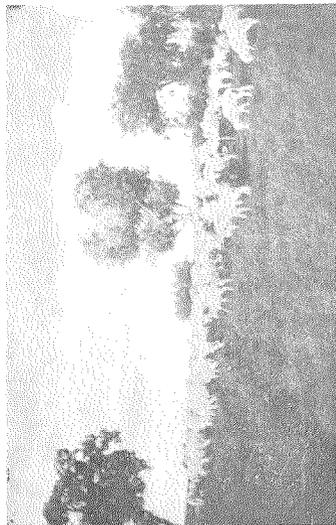
Un borrico de Polán (Toledo) con el amuleto de asta de ciervo, colgado al cuello.

(Cliché del autor.)



Formas naturales de erosión, imitativas de monumentos megalíticos, en Ventas con Peña Aguilera.

(Cliché del autor.)



Dos momentos interesantes, del vivir castellano, en las cercanías de Toledo.

(Cliché del autor.)